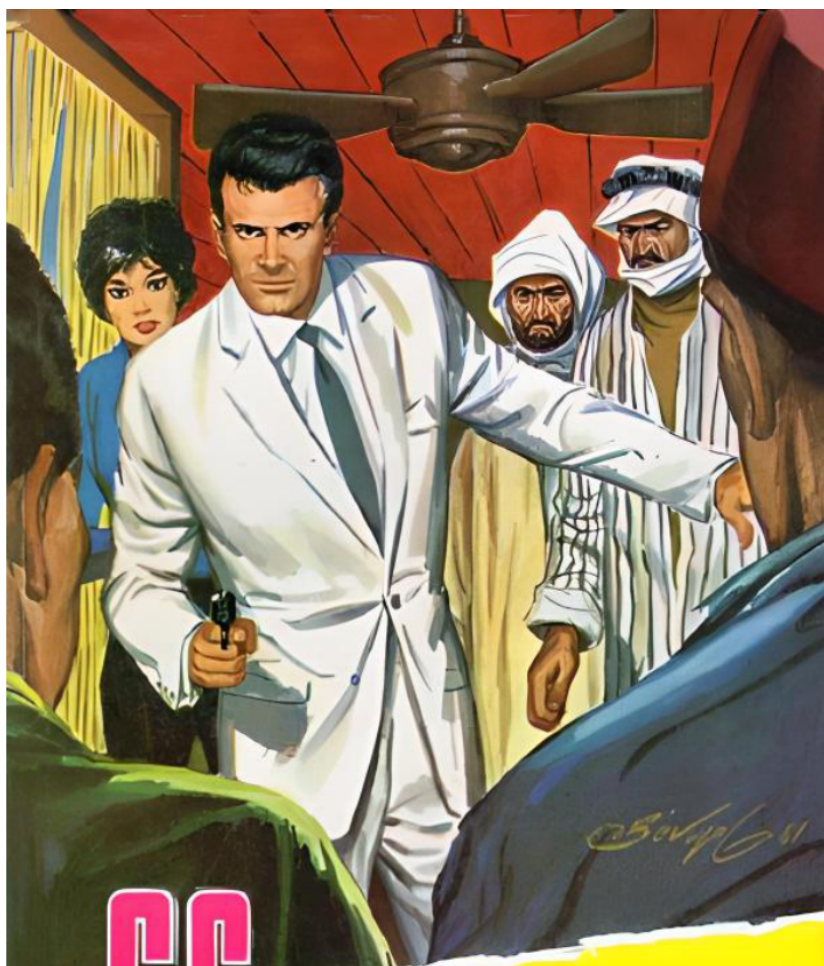




SS

**SERVICIO
SECRETO**

A. ROLCEST

EL TRIBUTOS DEL DESIERTO

EL TRIBUTO DEL DESIERTO

A. ROLCEST

EL TRIBUTO DEL DESIERTO

1.^a EDICIÓN
SEPTBRE - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 10249 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA



A. ROLCEST - 1961

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

N. R. 20808/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE**:

672. — La aliada de la muerte. 694. — Mi compañero es el «Colt». 712. — Pasaje para la muerte.

En Colección **BUFALO**:

389. — Buitres de la pradera. 400. — La muerte en rojo. 404. — Magos del «Colt».

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

562. — Pasos en la noche. 565. — Hampa brillante. 570. — Vendaval en Laos.

En Colección **PANTERA**:

63. — Horda sin ley. 71. — Arenas malditas. 78. — Honderos de fuego.

En Colección **TEXAS**:

222. — El rastro de la fiera. 253. — Sonrisa «Colt». 258. — Horas sin ley.

En Colección **CALIFORNIA**:

192. — La hiena ronda el vivac. 219. — Te veré en la horca. 227. — La mina maldita.

En Colección **COLORADO**:

147. — ¡Aún no tengo el ataúd! 188. — La tregua de los valientes. 200. — Manos marcadas.

En Colección **KANSAS**:

101. — La dama del «Colt Frontier». 125. — ¡Somos enemigos! 160. — Barrera verde.

En Colección **ASES DEL OESTE**:

102. — Evadido de la horca. 109. — Esquivando la trampa. 117. — El rey del desafío.

En Colección **BRAVO OESTE**:

6. — La pantera del odio. 28. — La reunión de las furias.

CAPÍTULO PRIMERO

Veía que el barrio árabe en El Cairo tenía fama, y con razón, de ser una de las redes urbanas más complicadas del mundo. Un beodo tambaleándose sobre una llanura de arena no trazaría direcciones más absurdas.

Por fin ocurrió lo que una hora antes, al empezar a seguir a aquella pareja, estuvo temiendo: se acababan de meter en un callejón sin salida.

Aunque se diera mucha prisa en retroceder, le verían. Para mayor contrariedad, había muy pocos turistas en ésa callejuela y de una sola mirada podían verse los que vestían a la manera occidental.

Además, el individuo que acompañaba a la esbelta mujer, como si sintiese en el occipucio la mirada de su seguidor, volvió súbitamente la cabeza.

Char no intentó siquiera mirar a otro lado. Y la mirada de los dos hombres se sostuvo durante unos, segundos, taladrándose, hurgando cada uno en la personalidad del otro.

Char tenía la ventaja de que sabía a qué atenerse con respecto al individuo que acompañaba a la bella joven. Mientras que el otro, si se ponía en guardia, era más bien por algo instintivo.

El que acompañaba a la mujer, Larson Shaver, se inclinó de pronto a cuchichearle algo a su pareja. Y Char decidió acercarse.

Se habían detenido frente a una tienda, un gran boquete abierto en el muro, atiborrado de vasijas de cobre repujado a martillo, horribles divinidades talladas por artistas negros y cascos de cuero endurecido.

La muchacha acababa de levantar un brazo para coger el plato de cobre que desde lo alto del boquete le tendía el vendedor, un nubio tocado con el *tarbusch*, el gorro rojo todavía más alto que el de los turcos y que con el tiempo llegó a convertirse en la oriflama

rebelde al dominio occidental.

La joven vestía pantalón de hombre y jersey blanco. Tenía una grácil figura, muy esbelta, pero al lado de Larson Shaver resultaba tan achicada, que Char pensó en la desproporción de tallas de los mausoleos: junto al gigantesco faraón, los diminutos subordinados.

Char se echó a reír de la comparación. Verdaderamente la asociación que él acababa de establecer era también desproporcionada, pues la diferencia entre la hermosa Kezy y su acompañante no era tan grande.

—¡Señor Wallan!... ¿También va de compras?

Era ella quien se lo preguntaba. En el rostro de la muchacha había un gesto de agradable sorpresa.

Char estuvo tentado a mentir, afirmando que había salido de compras. Pero no lo hizo, porque sintió los ojos grises, fríos, de Larson.

—La verdad es que estoy siguiéndoles, desde hace un rato —sonrió, adoptando una actitud azorada.

Kezy creía conocer la clase de interés que inspiraba a Char. Se conocían del hotel, hacía ocho días. Habían coincidido en algunos clubs nocturnos, en visitas a los monumentos de la ciudad, al museo y en alguna excursión.

—¿Y por qué nos seguía? —preguntó Kezy, riendo, creyendo confundirlo más.

—Anoche me prometió que nos encontraríamos en la excursión a Gizeh...

—¡Es verdad! Pero papá se sentía hoy indispuesto... ¿Se ha divertido?

El plato repujado había vuelto de nuevo a manos del vendedor quien, al ver que el grupo de posibles compradores le dejaban al margen, empezó a farfullar cosas en su extraña lengua. Char se le quedó mirando, divertido.

—Seguramente nos está insultando, a mí particularmente. ¿No pensaba comprar ese plato?

—No —contestó Kezy, encogiéndose de hombros—. Ya no sé dónde colocar las cosas... Papá se enfada, y con razón... ¿Entiende lo que dice ese hombre, Larson?

—Vale más que no lo sepa —contestó su acompañante. Y mirando irónicamente a Char—: Sobre todo este caballero.

Kezy soltó una carcajada y aprovechó la oportunidad para presentarles. El saludo tuvo poco de cordial.

La joven creyó captar el sentido de aquella frialdad y la situación le pareció muy divertida. Colocándose en medio de los dos, cogió a cada uno de un brazo y los empujó a andar.

Durante un rato estuvieron cruzando callejuelas, deteniéndose de vez en cuando ante cualquier tienda, manoseando los más raros objetos.

Y a pesar del firme propósito de no comprar nada, Kezy iba cargando poco a poco a sus acompañantes de policromadas cajas, frascos de perfume y estatuillas.

El brutal sol de Egipto colábase sobre los toldos que cubrían las calles y algunas lanzas de fuego conseguían pasar los desgarrones.

Kezy por momentos se sentía más divertida... A medida que pasaba el tiempo, la silenciosa hostilidad de aquellos dos hombres iba concretándose más.

Ni una sola vez se habían dirigido la palabra. Y bastaba que uno propusiera una dirección para que el otro, siempre dirigiéndose a la muchacha, opinara en contra.

Larson parecía un tipo más fuerte, desde luego más corpulento. Vestía con exagerada elegancia. Y de vez en cuando, un ademán brusco, una palabra pronunciada con demasiado tesón dejaba ver un temperamento dominador y violento, bajo la coraza de estudiadas maneras.

Char, por el contrario, parecía un niño grande, lleno de espontaneidades. Cuando Kezy propuso meterse en cualquier café musulmán, los dos parecieron conformes. Pero lo difícil fue elegir el sitio.

—Que lo decida Larson —manifestó Kezy— puesto que es quien más conoce estos sitios.

Momentos más tarde se encontraban los tres sentados sobre esteras, formando un semicírculo, en tanto en el fondo del local sonaba el «roubab», el violín de tres cuerdas. En uno de los ángulos había una gran rueda de musulmanes atentos a lo que recitaba un rapsoda.

Aquella penumbra les descargaba de la luz cegadora de la calle, pero aquel tipismo cansó pronto a Kezy. De vez en cuando se encontraba con miradas tenaces, que apuñalaban a los tres

occidentales.

Empezaron a asaltarla pensamientos de pesadilla. En cualquiera de aquellas cabezas comenzó a imaginar ideas encendidas de fanatismo que estallaban en un brutal ataque a los intrusos.

—Empiezo a añorar el confort y seguridad de nuestro barrio occidental —manifestó la joven, riendo, por no atreverse a decirlo en serio.

—No tema nada —contestó Larson, envolviéndola con la mirada.

En la penumbra parecía más bonita. Las líneas de su cuerpo adquirirían un aire más seductor. El calor la había obligado a ensancharse la abertura del cuello, y aparecía gran parte del pecho, una tersa piel dorada.

De la forma que estaba sentada, sus florecientes caderas y sus largos muslos quedaban fuertemente apresados por el pantalón, ya de sí demasiado ajustado.

—No es que tema... ¡Pero me cripa ese violín...!

Char permanecía en silencio, como ensimismado. Diríase que aquel lugar le extasiaba. Sin embargo, nunca sus ojos permanecieron más despiertos.

Desde que entraron, toda su atención estuvo fija en la puerta. Instantes después de que ellos se sentaran, habían visto entrar a dos individuos de tez oscura, con su casquete encarnado y la larga túnica.

Se habían sentado próximos al corro del rapsoda, pero de vez en cuando dirigían rápidas miradas al grupo de Kezy.

Otros tres individuos de igual atuendo aparecieron y se sentaron cerca de la puerta.

Esto que estaba observando Char pasaba inadvertido a Kezy. Y, sin embargo, la joven no podía sentirse más desasosegada. Ella misma se extrañaba de aquel estado de ánimo. Siempre le había gustado desafiar el peligro. Infinidad de veces su hastío de niña mimada por la fortuna la había empujado a correr serios peligros.

—¡Vámonos! —exclamó de pronto, disponiéndose a levantarse. Larson soltó una carcajada y sus ojos grises se llenaron de burla.

—¡Kezy! Pero ¿de veras teme?... No deshaga el concepto que tengo formado de nuestras valerosas compatriotas.

—¡Me repugna este olor, Larson!

Ahora sí Larson pareció también alarmado.

—¡Oh, no levante la voz! Muchos de los que nos rodean conocen perfectamente el inglés, y lo que acaba de decir sí es peligroso. Nada de manifestar desagrado por cualquier cosa de ellos... Marchémonos si lo desea. Pero sonría...

—Un momento, Larson —dijo Char, mirándolo fijamente.

Era la primera vez que hablaba uno al otro, directamente. Pero lo más significativo fue el tono seco que Char empleó.

Tanto Larson como Kezy se quedaron mirándolo, con viva curiosidad.

Se apreció claramente que Char, de pronto, renunciaba a decir lo que le había impulsado a dirigirse a Larson. Sonriendo, simulando hallarse desconcertado, manifestó:

—Perdonen... También yo siento cierta inquietud...

Larson lo escrutaba con sus ojos grises. Rió en burla, y dirigiéndose a la joven dijo:

—Nunca hubiera imaginado esto. Ahora soy yo quien propone marcharse. Temo me contagien.

Pero en el momento en que se incorporaba, cerca de la puerta se producía un altercado.

Dos de los negros que Char había observado al entrar, se dirigieron violentamente a un pequeño grupo de árabes, y en unos segundos se entabló la más feroz y escandalosa pelea.

Fue como un golpe de gong. Inveteradas rivalidades irguiéronse con velocidad relámpago. Y el rapsoda cesó en su recital, calló el «roubab» y cada cual fue a tomar posición en la pelea.

Turbantes y gorros encarnados empezaron a rodar, y aparecieron duros cráneos afeitados, con un solo mechón en el occipucio.

Se golpeaba mucho, pero se vociferaba más...

Al principio Char había cogido a Kezy y cautelosamente habían ido aproximándose a la puerta, para aprovechar cualquier oportunidad que les permitiese escapar.

Pero por momentos, lo más caótico de la pelea iba concentrándose en la puerta. Char y Kezy tuvieron que retroceder al fondo del local donde había un pequeño grupo que permanecía al margen.

De pronto la joven lanzó una exclamación de horror y se tapó el

rostro con las manos. Había visto brillar un cuchillo y al momento apareció sucio de sangre.

La lucha había ya adquirido un ritmo y una ferocidad inconcebibles. Irrumpían alaridos y gritos de rabia; rodaban por el suelo individuos con la cabeza chorreando sangre, que quedaban unos momentos inmóviles, como muertos, para de pronto saltar y embestir de nuevo, con un vigor inaudito...

Char amparaba con su cuerpo a Kezy. La veía pálida, temblorosa, muda por el terror.

Mientras tanto, al lado, Larson permanecía impasible, contemplando con ojos fríos la escena.

—¡Tenemos que salir! —dijo Char, mirándolo con dureza.

—¿Y cómo? —preguntó el otro, sin apenas moverse.

Char contrajo el rostro, y acentuando la dureza de su mirada, contestó:

—¡Usted conoce los medios!

Repentinamente Larson pareció despertar. Se inclinó, mirando a Char.

—A ver... No le he comprendido...

Una mano de Char cayó sobre el pecho de Larson, asiéndolo fuertemente de la camisa.

—¡Usted nos trajo aquí...!

Lo soltó, después de obligarlo a que se colocara delante. Larson fue irguiéndose, ensanchando el tórax, como queriendo intimidarlo con su corpulencia.

Pero Char, por momentos más sereno, aguantó su mirada.

—Procure que a la señorita no le ocurra nada. De lo contrario, le pesaría —dijo Char. Un temblor de cólera se acababa de apoderar del labio inferior de Larson Shaver.

Parecía que de un momento a otro fuera a lanzarse sobre su rival.

—¿Debo entender que me amenaza?

—¡Déjese de idioteces! Esta broma ha ido demasiado lejos... ¡Sáquenos de aquí, o yo me encargaré de ello!

—¡Por Dios! ¿Qué hacen? —intervino Kezy—. Sólo faltaba que se enzarzaran ustedes también —y trató de reír, sin conseguirlo.

Char miró hacia la puerta. La lucha en aquellos momentos se había concentrado en uno de los ángulos y la barrera que

interceptaba la salida era bastante reducida.

—¡Sígame! —dijo Char.

La joven, casi sin darse cuenta echó a andar tras de Char. Cuando estuvieron a muy pocos pasos de la puerta, en la mano de Char apareció una pistola. Apuntó al techo e hizo tres disparos.

Las detonaciones se impusieron sobre el vocerío. Como por arte de magia, todos quedaron inmóviles, y en total silencio.

Este momento de sorpresa lo aprovechó Char para empujar a Kezy.

—¡Salga y no mire atrás!

En el momento en que la joven desaparecía, en el grupo inmóvil se produjo la reacción. Él, primero en moverse fue un individuo de tipo sudanés que se encontraba a tres pasos de Char. Como si de repente se olvidara de sus anteriores contrincantes, se quedó mirando al occidental, dispuesto a saltar sobre él.

Otros dos tipos negros dieron un formidable salto y se colocaron en la puerta.

Char tuvo que desplazarse rápidamente, para no verse rodeado. Afirmando la pistola en su mano, sin perder de vista a los que tenía más cerca, gritó:

—¡Larson! ¡Dígales que dejen paso o dispararé...!

Desde el fondo del local contestó el otro, con un matiz de sorna:

—Pero amigo: ¿Por qué he de decirlo yo?

Char iba a declarar el motivo que le impulsaba a considerarlo el promotor de aquel altercado, pero se contuvo a tiempo, para disimular.

—Usted conoce su jerga —declaró Char.

Entonces Larson se puso a dar voces. Por el cambio de luz que se produjo en los ojos de aquellos rostros de ébano, Char se dio cuenta de que en vez de dejar paso, lo que iban a hacer era atacar.

Tuvo tiempo de hacer dos disparos. Vio desplomarse a un negro enorme. Y cuando apuntando a otro se disponía a apretar el gatillo, sintió un golpe en la nuca...

Cuando despertó se vio sentado sobre uno de los taburetes que servían de mesa, la espalda recostada contra la pared y en torno a él, Kezy, Larson y tres policías egipcios.

Al final del establecimiento había un grupo de árabes, el grupo que había permanecido al margen y entre los que se encontraba el

dueño del establecimiento, quien dirigiéndose al policía que tenía delante, no cesaba de clamar, poniendo en alto los brazos.

Al ver que Char abría los ojos, Kezy soltó un largo respiro y le cogió de un brazo. Char se fijó en Larson. Su impecable indumentaria estaba ahora rota, con manchas de sangre.

Al notar la joven la mirada que Char dirigía a su rival, aprovechó el momento para reconciliarlos.

—Dense la mano... ¡Los dos se han portado estupendamente...!

Char la miró con dureza. En aquel momento todo en ella le resultó antipático: su hermosura, su risa, su frivolidad...

Kezy se había puesto a referirle lo que había visto, cuando llegó con la policía. Los negros que iniciaron la trifulca habían desaparecido. En el suelo, Char, inconsciente. Y a su lado, de pie, Larson, haciendo frente a tres árabes.

—Muchas gracias, Larson —murmuró Char, al tiempo que en sus ojos pardos se encendían brillos irónicos.

Larson se encogió de hombros, riendo con apariencia despreocupada.

—No tiene nada que agradecerme. Cada uno ha hecho lo que ha podido.

—Eso mismo creo yo —contestó Char, incisivo, sin dejar de mirarlo.

Kezy se dirigió a los policías, preguntándoles si podían regresar al hotel. Uno de ellos, expresándose en perfecto inglés, manifestó con toda cortesía que podían marcharse, anunciándoles que ya pasarían más tarde para presentar oficialmente disculpas por lo ocurrido.

Momentos después, en un coche de alquiler, Char, Kezy y Larson salían del barrio árabe.

—Usted pedía emociones —comentó jocosamente Larson—. ¡Ya ha tenido una buena ración...!

—¡No bromea, Larson!... Esto ha sido muy lamentable —dijo la joven, por momentos más desconcertada, ante la hostilidad que advertía en los ojos de Char.

—Tal vez ha sido un poco fuerte el espectáculo —siguió Larson.

—¡Demasiado! ¡Y usted lo sabe bien...!

—Quien debe saberlo es nuestro amigo —rió Larson—. Usted ha cargado con lo peor.

—No lo lamento —contestó Char—. Sé adaptarme... Además, gozo con la emociones...

—Pues en esta tierra son fruta del día —dijo Larson. Y ahora, con clara ironía, agregó—: Sólo que algunas suelen ser muy peligrosas. No se las aconsejo.

—Me temo que esas emociones peligrosas sean las que más me gusten y hagan que mi permanencia en El Cairo se prolongue.

Char y Larson quedaron unos momentos callados, mirándose de hito en hito. Por fin Larson se encogió de hombros.

—Como quiera... Mi deber era advertirle.

—¿Por qué «su deber»? —inquirió Char, rápido—. ¿Es que representa a nuestro país?

Larson se echó a reír, como celebrando un chiste. Esto le dio tiempo a pensar la respuesta. Los ojos de Char no se apartaban de los suyos.

—He querido decir, que debido a mi mejor conocimiento de esta tierra, estaba en la obligación de avisarle...

—Eso, «antes» de llevarnos a ese garito.

A pesar de que este diálogo se había mantenido con apariencia tranquila, sosteniendo ambos interlocutores la sonrisa en los labios, a Kezy la tenía por momentos más desconcertada, un desconcierto que iba derivando al despecho.

¿A qué obedecía aquella agresividad de sus dos acompañantes? La sospecha de que algo muy grave los colocaba frente a frente empezó a preocuparle.

Todavía no se le ocurría pensar que aquellas dos vidas hubiesen estado desde el primer momento utilizándola como pretexto. Kezy, la niña mimada por la fortuna, en el momento que se le ocurriera montaría en el avión y pasaría a otro continente, para vivir otra estampa en cualquier punto del planeta, sin acordarse de las huellas que dejaba atrás.

Eso era lo que siempre había ocurrido. Y lo que produciría un verdadero desquiciamiento en su interior sería que por primera vez ocurriese que dos hombres le volvieran la espalda para seguir su propio problema, sin preocuparse de lo que ella pudiera pensar.

Habían llegado al hotel, en el que se alojaban Char, Kezy y el padre de la muchacha.

Larson acompañó a la joven hasta el final del vestíbulo.

—¿Vengo por usted esta noche?

—No sé si saldré... Según cómo se encuentre papá... De salir, papá y yo iríamos al club.

—Les esperaré.

La joven apresuró la despedida. El traje roto manchado de sangre que llevaba Larson llamaría la atención en el hotel.

Char se había adelantado y la aguardaba junto a la puerta del ascensor.

—Resulta muy desagradable lo que sucede entre ustedes —dijo Kezy, apenas estuvo junto a Char.

—¿Me puede decir qué ve de extraño que dos hombres se miren mal, ante una mujer bonita? —preguntó Char, mordaz.

Kezy frunció el ceño; Sus ojos negros chispearon.

—¡No es momento de bromas...!

Callaron al entrar en el ascensor. Los dos se alojaban en el mismo piso.

Las tres mejores habitaciones de un lado del corredor las ocupaban Kezy, su padre y un viejo criado.

Al final de ese corredor, una pequeña habitación que formaba chaflán pertenecía a Char. Tal vez era demasiado reducida, pero estaba estratégicamente emplazada, dominando todo el pasillo, que era lo que Char precisaba en aquellas circunstancias.

En el ascensor y luego en el corredor, los dos se habían mantenido callados. Fue al llegar a la puerta donde Kezy tenía su alojamiento, cuando ella preguntó:

—¿No puede decirme qué ocurre?

—No sólo puedo, sino que considero necesario que usted esté enterada... Estoy todavía bajo los efectos del golpe... Mientras me repongo, me asearé un poco. Dentro de media hora iré a ver a su padre...

—¡Yo quiero que me lo diga a mí! —Fue como dando una orden.

—Lo que he de decirle a su padre no es lo mismo que he de referirle a usted...

Durante unos momentos ella quedó pensativa. Encontraba en la nueva actitud de Char algo que cada vez la intrigaba más. El dócil cortejador de días antes se iba transfigurando en un hombre frío, tenaz, que no vacilaría en apartarla de un empujón, si llegaba el momento en que ella constituyera un obstáculo.

Se mordió el encendido labio inferior, para contener la violenta repulsa que sentía impulsos de dirigirle. Disimulando dijo:

—Bien, Char... Aguardo esas confianzas —y le tendió una mano.

—Tengo tanto interés como usted en hablarle de ello —contestó él, iniciando una leve reverencia, al tiempo que le estrechaba la mano.

Era la primera vez que la saludaba de esa manera tan ceremoniosa, como indicándole que tenía en cuenta que entre ambos existía una gran distancia.

CAPÍTULO II

Larson Shaver hizo detener el coche en una de las espaciosas calles del barrio moderno, frente a un club de lujosa fachada.

En la puerta, un soberbio ejemplar de Nubia, enfundado en un rico uniforme en el que Oriente y Occidente aparecían en hábil amalgama, se apresuró a acercarse al coche de donde inesperadamente vio apearse a Larson.

El negro no pudo ocultar su asombro al ver llegar al amo en un modesto coche de alquiler, y con la ropa destrozada y sucia.

—Paga la cuenta —dijo secamente Larson.

Cruzó el amplio vestíbulo del club, se metió por un estrecho pasillo que lo alejaba de las salas e instantes después se detenía ante una reluciente puerta de nogal.

En el momento en que introducía el llavín en la cerradura, un hombre de anchas espaldas, vestido de frac, se le acercó.

—¿Sucedé algo, jefe? —preguntó intrigado, sin dejar de observar a Larson de arriba abajo.

—De momento, nada —contestó ásperamente—. Pero no te alejes. Tenemos que hablar... ¿Rina está en su habitación?

—Creo que sí.

—Dile que venga enseguida.

Y metiéndose en la habitación, cerró la puerta de golpe. Se sentó ante una lujosa mesa escritorio, cogió el teléfono y antes de buscar comunicación, permaneció unos momentos pensando.

Sus rasgos enérgicos, su mentón pronunciado, hicieron una contracción sosteniendo un estallido de cólera.

Se levantó, encendió un cigarrillo y se puso a pasear, para calmarse antes de coger de nuevo el auricular.

La puerta se abrió y apareció una espléndida mujer, de cabello rojizo, boca sensual y movimientos exageradamente ondulantes.

—¡Hola, «mandamás»!... ¿A qué se debe el honor de que te

acuerdes de mí? Vestía muy ligeramente. Estaba casi tan falta de ropa como aparecía en la pista cuando servía de blanco a los cuchillos que le arrojaba su pareja. Hablaba inglés, pero se apreciaba un deje italiano.

Larson no la miró siquiera. Con el ademán le indicó que se sentara y estuviera callada.

Ella obedeció, siempre ondulante, la sonrisa provocativa y desdeñosa en los labios.

Se había sentado en el sillón que había a un lado de la mesa. Puso una pierna sobre la otra, se desperezó, iniciando un bostezo. Luego alcanzó un paquete de cigarrillos que había sobre la mesa y se puso a fumar.

Larson ya estaba de nuevo buscando comunicación por medio del teléfono. Al momento se puso a gritar.

—¡Sí, soy Larson! ¡Y el diablo al frente de todos vuestros bueyes!... ¡No te rías, Sokneh! ¡Ni estoy para bromas, ni la situación lo permite!... ¿Qué clase de idiotas me has mandado? Yo nada dije de que el golpe se diera dentro del café. Os pedía que nos siguierais y que permanecierais a la expectativa. Yo habría dado la señal cuando el pájaro no hubiera tenido tiempo de prepararse. Así hemos armado demasiado ruido...

Se calló. El auricular empezó a gruñir. Del otro extremo de la conexión quién hablaba era reposado, redondeaba los vocablos con pausas bien medidas.

Rina, con el cigarrillo en los labios y las manos en la nuca, miraba al techo, tratando de seguir la conversación.

—... ¡Pues escucha! —prorrumpió Larson—: ¡Recorre a toda tu resistencia egipcia, Sokneh! Como ya sospechábamos es un niño de la Interpol... Pero agárrate a la mesa. Se hace llamar Char Vallan. Pero en su carnet figuran unas letras más en su apellido... A ver si te dice algo este apellido: *Wallan... berg*.

Dejó una pausa. Por casualidad miraba a un lado del despacho, el opuesto al que ocupaba Rina. Así no vio el movimiento de hombros que se produjo en la semidesnuda mujer, apenas pronunció Wallanberg.

No sólo el efecto se acusó en sus hombros, sino en su cara, que súbitamente perdió el gesto displicente, palideciendo. Iba a incorporarse, pero recurriendo a todas sus fuerzas se mantuvo

inmóvil, el pecho palpitando cada vez más aceleradamente.

El auricular había vuelto a runrunear. Larson iluminó su cara con un gesto de feroz alegría.

—¡Sí! ¡Indudablemente se trata de su hermano!... La primera vez que me tropecé con él ya quise recordar algo... Bien. Ya sabes quién es nuestro visitante. También este Wallanberg parece tonto, pero no conviene fiarnos mucho... Bueno. Te espero aquí.

Dejó bruscamente el auricular dando luego con los dos puños sobre la mesa.

—¡Maldito Sokneh!... ¡Tiene nervios de momia...!

Sólo entonces pareció reparar en Rina, y se quedó mirándola como preguntándole qué hacía allí.

—Me has llamado... ¿Puedo ya saber para qué? —preguntó ella, rehuyendo mirarle, con el pretexto de que se hallaba cómodamente repantigada.

—Ah, sí... Posiblemente sea innecesaria tu intervención. Pero por si algo fallara, o cambiáramos de plan, quiero que estés prevenida. Disponte a competir con una difícil rival. Hay un tipo que me interesa que se aparte de una amiga mía...

—¿Tal vez la hija del millonario Wharton?

—¡Sí!... ¿Ocurre algo?

Rina se había levantado y de espaldas a Larson, contestó:

—Creí que solamente te interesaba su dinero... Larson soltó una furiosa risa.

—¡Su dinero!... ¿Para qué iba a servirme?

—Entonces es esa señorita Kezy... —no había despecho en su tono.

—¡Tampoco! Pero he de aparentar que voy por ella... Y posiblemente es lo que también hace ese sujeto... Por eso quiero que intervengas tú, si algo fallara... Has de apartarlo de Kezy. Te trasladarás a su mismo hotel... O mejor, procuraremos traerlo aquí, estando Kezy.

Rina iba a replicarle con una carcajada. Traer a Char al club, para que Kezy se diera cuenta que había quien se interesaba por él, era lo más estúpido que pudiera habersele ocurrido a Larson, teniendo en cuenta el carácter voluntarioso de Kezy.

Pero Rina se guardó muy bien de manifestar la más leve burla, no sólo porque temía a Larson, sino también porque quería esa

oportunidad de poder tratar a Char Wallanberg...

La entrevista de Char y Kezy, se efectuó una hora más tarde, en las habitaciones que ocupaban los Wharton.

La joven lo recibió vistiendo un traje que resaltaba la pureza de líneas de su figura en pleno florecimiento.

Char había permanecido unos momentos como embelesado de pie frente a ella. Kezy, sentada, en actitud de abandono, sonreía, migando para otro sitio.

Char aplastó el cigarrillo en el cenicero, volviéndose de lado a ella, y dijo:

—Apenas empezar, mi misión amenaza con irse al traste...

—¿Su misión? —inquirió Kezy, sorprendida.

—Soy inspector de Interpol.

El movimiento que hizo ella, podía interpretarse tanto de agradable sorpresa, como de súbita indignación.

—¡Usted...!

Char se volvió de cara a Kezy.

—Ya ni siquiera existe la necesidad de que lo oculte. Quien debía ignorarlo, ya lo sabe. He cometido el error más absurdo y más grave que puede cometer un policía de mi condición.

—¿Qué error? —inquirió ella, intrigada.

—Enseñar las orejas de lobo bajo el disfraz de cordero. Y parte de esa responsabilidad le corresponde a usted —concluyó, en un tono vago que rozaba tanto la broma como la gravedad.

Kezy lo miró alarmada.

—¿Qué quiere decir?

—No se asuste... Su culpa es algo inconsciente. Antes de alojarme en este hotel estuve observando los movimientos y relaciones de Larson. Enseguida me di cuenta de que el eje de su atención lo constituía usted. Entonces pensé que acercarme a usted era encontrar un atajo para llegar al área en que se desenvolvía Larson.

—Le comprendo —dijo secamente Kezy.

Estaba a punto de prorrumpir en denuéstos contra Char. Si él la hubiera mirado en aquel momento la hubiera visto sofocada, roída por el despecho.

Interiormente Kezy se reía en burla a sí misma, por su vanidad de horas antes cuando imaginó a aquellos dos hombres rivalizando

por ella.

Con un poco de serenidad, Kezy hubiera podido ver que su creencia de horas antes tenía poco de absurda. Le sobraba personalidad, y belleza, dejando aparte el dinero, para que los hombres rivalizasen por conseguirla.

Pero esta decepción de ahora la había afectado tanto, que ella misma se miró alarmada. Apenas hacía ocho días que conocía a aquel hombre. ¿Qué importaba que no se hubiera acercado a ella atraído por su belleza?

—Cuando he dejado a usted, diciéndole que iba a hablar con su padre, lo que en realidad he hecho ha sido regresar al café donde ocurrió el jaleo —explicó Char.

—¿Para qué?

—Quería saber lo que hizo Larson cuando caí inconsciente. Y he sabido que fue el mismo Larson quien me golpeó.

Kezy se puso de pie, empujada por la indignación.

—¡Oh! ¡Qué cobardía!... —Después que anduvo unos pasos se volvió de cara a Char—: Pero ¿no lo habrán informado mal?

Char sonrió irónico.

—No. En todo caso allí hubieran callado lo que podía perjudicar a Larson... Lo peor no es que me golpeará. Registró mi ropa, y examinó mi documentación. Eso era lo que buscaba. Una vez conseguido, mandó despejar el local, y cuando ustedes entraron simuló que me defendía.

Ella había vuelto a sentarse. Char se puso a pasear. Un paseo corto, rápido, como si buscara una salida a una estrecha jaula. De pronto se paró frente a Kezy. Le sorprendió verla tan seria.

—Esperaba que esto le divirtiera...

—Pierde usted mucho cuando se vuelve mordaz —replicó Kezy gravemente.

—Perdone. En este momento creo que la detesto —disparó Char, con una suavidad que desconcertó a Kezy.

La joven, tras un silencio, optó por reír.

—¡En mi vida me había tropezado con un hombre más absurdo!

—Yo quiero creer que en este asunto usted se ha limitado a ser una muchacha endemoniadamente bonita... que por juego nos empujaba a perder los estribos, tanto a Larson como a mí...

Kezy saltó, para colocarse delante de Char fieramente.

—¡Diga que yo estaba de acuerdo con Larson...!



—¡Diga que yo estaba de acuerdo con Larson!...

2 - TRIBUTO

Char permaneció impasible ante aquella oleada de belleza y juventud, que parecía iba a envolverle.

La tenía tan cerca, que los cuerpos, al menor movimiento, se tocaban. Él busto de Kezy palpitaba aceleradamente. Los ojos

negros se hincaban en los del agente.

—Si tuviera pruebas, lo diría.

—¡Pero ahora está dudando que yo... que Larson!... —La ira le impedía razonar.

Crispada, levantó una mano.

—¡Oh, estúpido!

Antes de que Char pudiera evitarlo, una mano de Kezy dio en la cara del hombre. No dio muy fuerte. Apenas tocarlo, Kezy retiró la mano, asustada.

Iba a retroceder, pero ya Char la había cogido de los hombros, sujetándola fuertemente.

—¡No he dicho que estuviera de acuerdo con Larson!... ¡Digo solamente que su cara bonita y sus coqueteos... han tenido su parte de culpa!... ¡Boca maldita...!

Sobre esa maldición, sobre la boca de Kezy, tan palpitante como su pecho, aplastó Char la suya, con la fruición con que un sediento pudiera acercarse a un manantial en pleno desierto.

La soltó volviéndose de espaldas.

—¡Hágame un favor: Márchese de este país...!

Kezy estaba como anonadada. El inesperado viraje que acababa de dar la entrevista era lo que más la aturdía. A punto estuvo, en un impulso de ira, de llamar al viejo criado para que echara fuera de sus habitaciones a aquel hombre.

—¡Que me vaya del país!... ¿Es una orden? —preguntó, forzando una actitud divertida.

Otra vez la desconcertó la manera con que le contestó Char. Ahora ya era con inflexiones emocionadas en la voz.

—No, Kezy. Es un ruego...

—Pues siento no poder complacerle.

—¿Tanto interés encuentra en esta tierra plagada de tumbas?

—Mucho.

Char de nuevo rehuyó mirarla.

—¿Larson, tal vez?

Kezy apretó los dientes para evitar la respuesta que se le venía a la boca. Transcurridos unos instantes, dijo:

—Quizá... Y también la egiptología, que me está ganando, como ganó a papá.

—Lo de su padre es distinto. Él ha sentido siempre amor a la

arqueología. Y ha sido consecuente con sus inclinaciones al responder al llamamiento de la Unesco para salvar joyas del pasado amenazadas por la Gran Presa de Asuán...

Kezy se sentía en el fondo contenta de que Char reconociera que su padre obraba con la mayor generosidad, y no por vanidad de hombre rico que aprovecha cualquier publicidad para pavonearse.

—¿Por qué duda que yo pueda sentir verdadero interés por la arqueología? —preguntó Kezy, sonriendo de manera que ella sabía estaba más seductora.

—Por la sencilla razón de que no es el desierto el marco adecuado para una belleza como la suya, y eso usted lo sabe.

Kezy enlazó las manos por detrás y echó a andar, despacio, hasta situarse en un extremo del gabinete, de espaldas a Char.

—Con sinceridad, no sé todavía si estoy verdaderamente interesada por lo que obsesiona a papá... Quizá mi permanencia aquí no sea más que instinto de defensa, el deseo de proteger a papá de peligros que no sé de dónde pueden venir.

Se volvió de cara a Char, ya con expresión grave.

—No sé si esto podrá interesarle —dijo, después de un silencio —: Se refiere a Larson.

—Todo lo que a él afecte me interesa —contestó Char.

—Me ha invitado varias veces a visitar un templo recientemente descubierto por un amigo suyo. Lo piensan reconstruir con capital privado. Y Larson me invita a entrar en la empresa...

Char, después de permanecer unos momentos mirándola fijamente, como tratando de descubrir si se le burlaba, se dejó caer en un sillón y se puso a reír.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kezy.

—Pienso en que ahora sí voy a parecerle verdaderamente absurdo. Hace un momento le he pedido que se marchara.

—¿Y qué? No pienso irme.

—¡Y yo se lo agradezco!... Después de haberla oído, lo que más deseo es que se quede, y que acepte la invitación de Larson. Además de aceptar, deberá decirle...

Era como guiar los pasos de Kezy. Sería la primera vez que un extraño se atreviera a tanto con ella.

Por suerte, antes de que Char hubiese manifestado su deseo, se abrió una puerta de paso y apareció el padre de Kezy.

—Hola... Parece usted muy contento, Wallan.

—Lo estoy, señor Wharton. Su hija acaba de darme una estupenda noticia. Hugh Wharton movió las pobladas cejas, mirando a Char.

—¿Una estupenda noticia? ¿Es que ya se ha declarado usted?

Así disparaba las bromas, para desconcertar a su misma hija. Pese a que ella le conocía demasiado, acusó el impacto.

—¡Papá! —exclamó, estupefacta.

Wharton contrajo el rostro, en un gesto de risa. Desde luego, quien lo juzgara por sus bromas sacaría una errónea impresión si deducía que era un hombre inclinado a la chacota, fácil de manejar. A la hora de ponerse serio, era temible. Y cuando adoptaba una resolución, nadie le hacía desistir, aunque le conviniese volverse atrás.

Pero una de sus bromas favoritas era poner a su propia hija en situaciones apuradas.

—¿Qué sucede, hija mía? En todo caso no he cometido más falta que anticiparme.

Porque es seguro que usted piensa declararse, como seguramente lo hará Larson.

Consiguió desconcertar a Char.

—Yo, señor Wharton...

—¡Espere! Ustedes tenían una excursión a Gizeh...

—Pero usted estaba indispuesto.

—¡Y un rábano! Mi hija me dijo que al pie de las pirámides esperaba que usted destaparía la declaración que llevaba embotellada, y me rogó que me hiciera el enfermo...

Kezy se clavó las uñas en las manos, frenética.

—¡Papá! ¡El día que menos te lo figures tus chacotas te harán llorar!... ¡Esto pasa de la raya...!

La tez morena de Kezy estaba intensamente encarnada. Los ojos echaban fuego. Wharton se aproximó a su hija y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Vamos, pequeña. Siempre has tenido un excelente sentido del humor... ¿Por qué demonios ahora?... Se trataba de desconcertar a nuestro amigo...

Volvió al lado de Char, ya con gesto serio.

—La verdad es que esta mañana me sentía muy cansado...

—Pues no sabes lo que te espera —dijo Kezy, súbitamente alegre —. Acepto la proposición de Larson.

Wharton hizo un gesto de cómico terror.

—¡No!

Se dejó caer en un sillón, como agotado. Kezy miraba a Char, indicándole con la mirada: «Es lo que usted me ha pedido...»

—No querrás hacernos creer que los mausoleos te interesan... — dijo Wharton, mirando a su hija, lleno de escepticismo.

—Se trata de un templo, papá.

—Da lo mismo. Todo lo de este país huele a muerto... Son tus palabras... Wharton hizo una rápida transición. Mirándola más atento, siguió, en otro tono:

—Pero oye, oye... Apenas hace una hora que has llegado de la calle echando pestes de este país. ¿Cómo se explica este cambio?

Antes de que ella tuviera tiempo de contestar, Wharton se volvió, para dirigir sus escrutadores ojos a Char. Éste parecía al margen de lo que ocurría entre padre e hija.

Temía intervenir por si la muchacha, resentida por lo que antes había ocurrido entre los dos, en uno de sus bruscos cambios echaba por la borda la gran oportunidad que de pronto había aparecido ante el inspector de Interpol.

En un minuto había cambiado todo. La sensación de haber fracasado cuando todavía no había dado el primer paso, se había extinguido, barrida por un fuerte optimismo. ¡Las ruinas que Larson ayudaba a levantar! Era el punto que Char perseguía, donde esperaba encontrar la clave...

Char se dispuso a salir. Preguntó a Wharton si saldrían por la noche.

—Sí... Larson me ha llamado por teléfono, para que fuéramos con él a un club. Puede usted venir con nosotros. Quiero que oiga lo que diré sobre su templo...

Kezy lo acompañó hasta la puerta.

—No se preocupe. Convenceré a papá para que no ponga reparos. ¿Saldo con esto el haber contribuido inconscientemente a que usted cometiera errores en su misión?

Char le tendió una mano, sinceramente agradecido.

Media hora más tarde Char salía de nuevo del hotel. Como tenía tiempo de sobra, decidió deambular un rato. A aquellas horas El

Cairo parecía rejuvenecerse, lejos de los ardores del día. Venían brisas del norte, las siempre deseadas por Egipto.

De no ser porque de vez en cuando se cruzaba con alguien cubierto por el blanco alquicel o veía alguna cabeza tocada por el «tarbusch», podía considerarse perdido en cualquier gran ciudad occidental. Largas cadenas de coches iban y venían dando brochazos de luz a las fachadas de modernos y altos edificios.

En una de las esquinas Char se detuvo, dudando qué dirección seguir. De pronto un coche se detuvo. Se abrió la portezuela y asomó una fina y bien torneada pierna, hasta más arriba de la rodilla.

Una esbelta mujer, de carnosa boca y altivo basto quedó plantada ante Char.

—Perdone, caballero... ¿Me haría el favor?...

Se expresaba en un inglés muy deformado, en el que se apreciaba un acento latino. Era Rina.

Al tiempo que le habla, con los ojos le estaba indicando que huyera. La penumbra que había en aquel sitio impidió que Char se diera cuenta del alerta.

Por el otro costado del coche se habían, apeado dos individuos que rápidamente rodearon el vehículo. Char recibió un fuerte empujón y cuando fue a reaccionar, se encontraba dentro del coche.

La esbelta mujer quedó en la acera. Dos fuertes zarpas sujetaron a Char.

—El juego ha salido limpio —oyó decir al que tenía a su derecha—. De ti depende que se ensucie.

El coche arrancó. El individuo que había hablado tenía una pronunciación marcadamente yanqui, y Char tuvo la humorada de pensar si sería una ventaja hallarse entre compatriotas.

—Si casi rompiéndome la columna vertebral calificáis de «limpia» la jugarreta, me quitáis las ganas de averiguar qué es lo que calificáis de jugada sucia —dijo Char, adoptando rápidamente una actitud humorística.

—Pues como principio, romperle a uno los dientes...

—Enterado.

—Y si continúa terco, pasar a mayores. ¿Te gusta el programa?

—En absoluto —contestó Char, sin abandonar el tonillo burlón—. Solamente quisiera...

—Espera. Antes deseamos nosotros otra cosa.

Las zarpas pasaron rápidas sobre su ropa. No le encontraron armas.

—¡Vaya chico confiado! —comentó el que tenía a su izquierda en un inglés de puerto—. En otra ocasión te daría un consejo.

—¿Y por qué no ahora?

—Cuando se sale de casa, la «llave» siempre encima.

—Gracias. Lo tendré en cuenta para la otra vez.

En vano Char dirigía miradas a las portezuelas. Unas tupidas gasas cubrían las aberturas y apenas si las luces de fuera se podían distinguir. El coche iba a bastante velocidad y de vez en cuando daba bruscos virajes.

—¿Puedo saber a dónde me lleváis? El de su derecha soltó una carcajada.

—Si pudieras saberlo no valdría la pena de que pasáramos calor poniendo las cortinas. Preocúpate sólo de portarte bien. Éste es otro consejo.

Char se cruzó de brazos y se recostó en el asiento.

—Después de todo debo felicitarme de que sean compatriotas míos los que me lleven a esta excursión. Los de aquí se portarían peor. Guardo un mal recuerdo de ellos.

Echaba el anzuelo por si alguno de los que le llevaban acusaba conocer lo sucedido en el café árabe.

Nadie contestó. Char, siguiendo recostado en el asiento, estiró las piernas. Lentamente, con disimulo, sus pies fueron tanteando la alfombra. Como todos permanecían callados, Char se puso a hablar del país, de su clima, de las mujeres.

En aquellos instantes temía el silencio. Sus pies seguían buscando sobre la alfombra.

Y de pronto su voz hizo una leve flexión, apenas perceptible para los que le acompañaban. Su pie izquierdo acababa de tropezar con lo que buscaba.

Era la «llave», que uno de los individuos le había aconsejado que llevara siempre.

Una pequeña «browning» que Char guardaba en uno de los bolsillos bajos de la chaqueta. Paseando, solía poner la mano en el bolsillo para sostener el arma y aminorar el peso.

Cuando lo empujaron la tenía bien asida. La mano salió del

bolsillo, y el arma cayó en la alfombra. Pero en los primeros momentos Char no pensó sacar partido de esa circunstancia. Desconfiaba de que ninguno de sus guardianes fuese tan estúpido, que no advirtiese el arma en el fondo del coche.

Ahora la «browning» estaba bajo su pie izquierdo. El individuo situado a su izquierda se había inclinado varias veces para acercar el rostro a una rendija que dejaba la gasa. Buscaba con ansia el fresco de afuera.

Dentro del vehículo el calor era ya insoportable. Esto los irritaba.

—Con vendarte los ojos y amarrarte, hubiéramos estado todos más a gusto —rezongó el individuo.

—Ya nos encontramos cerca —contestó el otro.

Char acababa de cabalgar una pierna sobre la otra. Algo cayó sobre la alfombra. El individuo situado a la izquierda de Char se inclinó, rápido.

—¿Qué es eso?

Char se puso a reír.

—Mi zapato, que se me ha salido.

El otro, apenas cogió el zapato lo soltó furioso. En ese momento se detenía el coche. El de la izquierda abrió la portezuela y se apeó.

—¡Date prisa en bajar! —ordenó, impaciente.

Char se había inclinado para calzarse. De pronto, en el instante en que el individuo situado a su derecha se disponía a bajar, ya abierta la portezuela, Char descargó violentamente su espalda contra él.

Salió de cabeza. Al tocar tierra giró, con una pistola en la mano derecha, y disparó. Pero no habiendo conseguido el equilibrio, cayó de espaldas y los proyectiles dieron en el techo del vehículo.

Como si Char ya tuviese prevista esta falta de puntería, apenas empujar al individuo se desentendió de él, ocupándose solamente del que había bajado primero, y que se encontraba a su izquierda.

Hizo dos disparos en el instante en que el otro conseguía sacar el arma de la sobaquera. Se oyó un alarido y el individuo, con las manos en el rostro, se acuclilló.

Char no perdió tiempo en cerrar las portezuelas. Aplicó el cañón del arma en la nuca del pavorido conductor.

—¡Arranca...!

Al iniciar el coche la marcha Char se inclinó a un costado y otro, cerrando las portezuelas. Y de nuevo el arma presionó en la nuca del chofer.

—¡A toda marcha! ¡Te juegas la cabeza...!

El conductor no podía dudar que un hombre en la situación de Char, no vacilaría en apretar el gatillo. Y aceleró.

Contra las planchas de la carrocería comenzaron a chascar proyectiles.

—¡Excelente blindaje! —exclamó Char—. ¡Eso te salva, amigo...!

El coche daba rápidos virajes y pronto el área de peligro quedó lejos. Char seguía con el arma pegada a la cabeza del conductor. De vez en cuando dirigía miradas a un lado y otro. Se hallaban en pleno campo.

—Dirígete a la ciudad —le ordenó.

—Lo estoy haciendo.

Era la primera vez que el chofer hablaba. Cuando las luces de la ciudad destacaron cerca, ordenó al conductor que parara a un lado de la carretera.

—Apéate. Tenemos que hablar.

La mano de Char empuñaba ahora la «Luger» que en el primer momento quitó al chofer de la sobaquera.

—Ya estás diciéndome qué os habían ordenado hacer conmigo —pidió Char.

—¡No sé nada! Mi misión era llevar el coche...

Esa negativa ya la esperaba Char. Pero intuyó que tendría que presionar poco para que el individuo confesara. Pese a su aire de firmeza, se advertía que estaba aterrorizado.

—No seas tonto. Tengo prisa... ¿Os envía Larson?

—No.

—¿Quién, entonces?

El individuo tardó unos momentos en contestar.

—Sokneh. Uno del país...

Char no lo conocía, pero disimuló.

—Sokneh es como Larson, puesto que trabajan juntos —deslizó Char.

El chofer no replicó.

—¿Os mandó eliminarme?

En una sacudida de terror, el chofer se apresuró a contestar:

—¡No!... ¡Sólo retenerte unos días... y luego convencerte para que dejaras el país...!

—Ese Sokneh es muy considerado —comentó Char con sorna. Por el lado de la ciudad se veían venir dos coches.

—Siéntate al volante —le ordenó Char. Y ya dentro del coche, agregó—: El mismo consejo que me disteis vosotros, debes aplicártelo. De ti depende que este juego se «ensucie».

Se había sentado al lado del conductor. El coche arrancó.

CAPÍTULO III

Tal como supuso Kezy antes de salir del hotel, aquella noche su padre tuvo que recurrir a toda su paciencia y sentido del humor para no estallar.

Además de que se vio inducido por su hija a aceptar algo que en nada estaba conforme, tenía que mostrarse entusiasmado, porque Kezy así lo deseaba.

Apenas entrar en el club, Larson fue enseguida a su mesa. Al anunciarle Wharton que estaba dispuesto a contribuir en su empresa arqueológica, quedó asombrado al ver el entusiasmo de Larson.

Pero el padre de Kezy no podía sospechar que el entusiasmo de Larson obedeciese a un motivo que se apartaba totalmente de la arqueología. Para sus adentros, Larson estaba celebrando aquella decisión con carcajadas. Por fin había conseguido lo que tanto había deseado: asociarse con un hombre de tanta solvencia como Wharton.

Kezy, creyendo interpretar los propósitos de Char, pidió a Larson detalles de la obra, el lugar de su emplazamiento.

Larson se apresuró a sacar papel y lápiz. Trazó una tortuosa línea que quería representar un fragmento del Nilo.

—Aquí tenemos Luxor. Y aquí —dijo, apretando el lápiz—. Edfu, y por aquí, la primera catarata... Trazamos un ángulo cuya punta se introduce unas veinte millas en el desierto... Por aquí... ¿Ven? Esto es un pequeño oasis que nuestro profesor ha bautizado con el nombre del dominó egipcio: «yabrah». Exactamente media milla más allá está el templo.

Kezy cogió el lápiz que había soltado Larson y en torno a los puntos trazó unos círculos imaginarios.

—¿Y aquí qué hay?

—Arena. Arena. Siempre arena —contestó Larson—. Y de vez en

cuando, algunas rocas.

—¡Una delicia! —exclamó Wharton.

Kezy no le oyó. En ese momento se hallaba preocupada por la pregunta que se disponía a plantear, la más importante.

—¿Será terrible el acarreo del material? —se decidió, después de dudar unos momentos.

—La labor más costosa.

—Pero tenemos rocas próximas —dijo Wharton.

—Esa piedra no sirve —replicó Larson—. Hay que arrancarla de canteras situadas muy lejos, en el interior de África. Largas caravanas la acarrean a través de selvas y llenuras de arena...

Wharton permaneció ensimismado.

—Esto no lo comprendo. Si ese templo no peligra en quedar inundado por la presa, ¿por qué no lo dejamos estar? Hay sitios más urgentes adonde acudir...

Larson ya esperaba esa objeción.

—Todos esos sitios ya son atendidos por los Gobiernos de casi todo el mundo. Hay que aprovechar estas circunstancias en que la urgencia de la recuperación de los templos que peligran quedar sumergidos por las aguas de la presa, distrae la ambición de multitud de técnicos, que de hallarse desocupados, se lanzarían sobre nuestro templo, metiendo dificultades... Los Gobiernos de Egipto y del Sudán han ofrecido el cincuenta por ciento de lo que se recupere...

—Esa oferta está condicionada —observó Wharton.

—Sí, ya sé —cortó Larson, que no quería entrar en detalles—. Yo lo que le aseguro es que tenemos la gran oportunidad de trasladar a nuestro país valiosas joyas arqueológicas...

Disponemos del permiso de las autoridades para excavar. Hacemos como que reconstruimos, pero al mismo tiempo buscamos y si hay algo que merezca la pena, lo escamoteamos. ¿Usted me comprende?... Hay que aprovechar estos momentos de barullo... Si Larson parecía contento, Kezy no lo estaba menos. Todo se desarrollaba de manera más sencilla de lo que ella imaginó. Esperaba con ansiedad que apareciese Char. Su mirada recorría la sala, donde fulgían las más valiosas joyas, adornando los atuendos más extraños...

Las luces de la sala se apagaron, quedando solamente iluminada

la pista. Y aparecieron el lanzador de cuchillos, con el torso desnudo, y la cabeza tocada con un turbante, seguido de una mujer de espléndidos contornos, ligera de ropa.

Era Rina. Fue sujeta de los tobillos y de las muñecas con correas, a un biombo de madera. Era una mujer realmente sugestiva.

Cuando quedó sujeta y se hizo el silencio, los ojos de Rina miraron a la mesa de Larson.

Kezy se dio cuenta enseguida.

—Esa mujer es muy hermosa... ¿Amiga suya?

Larson no había dicho que el club le pertenecía. Y adoptó un aire displicente.

—Conocida solamente.

—Pues nos mira como si quisiera lanzarnos cuchillos con los ojos —comentó Kezy. Los cuchillos ya habían empezado a perfilarla. En la sala reinaba el mayor silencio interrumpido solamente por el crujir de las tablas, al recibir los aceros.

Cuando el cuerpo de Rina quedó cercado de cuchillos, se encendieron las luces y estalló una ovación.

—Mañana mismo podríamos visitar las ruinas —dijo Larson, tan pronto se encendieron las luces.

—¡Magnífico! —exclamó Kezy—. ¡Está decidido...!

¿Por qué no aparecería Char? Empezaba a presentir que esa ausencia obedeciese a una maniobra de Larson.

Éste la invitó a bailar y maquinalmente se levantó. Su grácil figura pareció absorbida por la corpulenta contextura de Larson.

Mientras seguía el ritmo de la música, un pensamiento negro fue avanzando. La alegría que transpiraba Larson sólo servía para confirmar su sospecha.

Los brazos que la enlazaban se le antojaban poderosas garras en las cuales había caído incautamente. Char había sido quitado del medio y ahora a ella no le quedaba más salida que escapar.

En vano trataba de tranquilizarse diciéndose que aquel asunto no le afectaba. Estaba segura de que Larson no buscaba su dinero, sino el nombre de su progenitor, para enmascarar algún negocio ilícito. Afortunadamente nada habían comprometido todavía.

La orquesta terminó una pieza y cuando las parejas empezaron a soltarse, comenzó otra. Larson hizo ademán de seguir bailando y Kezy se dispuso a pretextar que se sentía cansada, cuando

distraídamente dirigió la mirada a la mesa donde quedó su padre.

En un tris estuvo de soltar una exclamación de alegría. Allí estaba Char, hablando animadamente con su padre.

—¿A qué hora será la partida? —preguntó Kezy.

—Al amanecer.

Los brazos de Larson transmitieron a Kezy el fuerte estremecimiento que acababa de sacudir todo su cuerpo, por un golpe de sorpresa.

Kezy comprendió que obedecía a haber visto a Char. No pudo dudar que era por eso, porque durante unos segundos Larson permaneció inmóvil en el centro de la pista, atónito.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kezy.

—Mire quién está allí.

—¡Char!... Pues a la hora de la cena no parecía muy dispuesto a salir —mintió Kezy.

Desde mucho antes de la cena que no se habían visto. Larson le dirigió una mirada penetrante a la muchacha.

—Oiga, Kezy. ¿Sabe quién es ese hombre?

—Me figuro que sí... a no ser que mintiera el día que se presentó.

—¿Qué le dijo que era?

—Inspector de Interpol —contestó con sencillez.

Esto terminó de desconcertar a Larson. La joven quiso romper el silencio en que habían quedado, dando un aire divertido, y dijo:

—En realidad está un poco celoso de usted...

Pese a la importancia del momento, a medida que la pareja se acercaba a la mesa, todo para Char dejaba de existir, excepto Kezy.

Todo, incluso otra fascinante figura femenina que momentos antes vio con ligera indumentaria. Cuando entró en la sala estaba terminando el número de los cuchillos.

El rostro de Rina le pareció conocido. Tal vez de haber permanecido unos segundos más toda la sala en penumbra, excepto la pista, Char hubiera conseguido identificarla con la mujer que lo abordó en la calle. Char se hallaba cerca de la puerta de los camerinos y Rina pasó junto a él, casi rozándolo. Los ojos de la provocativa belleza se clavaron en el rostro de Char. Parecía que fuera a detenerse, para hablarle. Pero un repentino temor la impulsó a correr hacia los camerinos, creyéndose observada por

Larson.

De este miedo se dio cuenta Char. Y a punto estuvo de seguirla a los camerinos. Pero más que el deseo de no demostrar que la reconocía, fue el ver que Kezy y Larson abandonaban la mesa lo que le decidió a acercarse a Wharton.

Al instante se congratulaba de haberlo hecho porque dispuso de varios minutos para hablar con el padre de Kezy.

Y hasta lo que había conversado con él quedó relegado a segundo término, apenas la muchacha empezó a salir de la pista quedando de cara a él.

Su magnífica figura resaltaba con todo esplendor envuelta en seda. Las brasas de sus ojos negros destacaban fuertemente en el bronceado óvalo, y unos labios finos, de un rojo brillante y húmedo, enmarcaban el blanco de una risa llena de vitalidad.

En esos momentos Char no tenía más pensamiento ni más ojos que para la sugerente figura. En muchas mesas ocurría lo mismo.

En aquel mundo cosmopolita no era extraña la belleza ni la fabulosa fortuna, pero tampoco faltaba el aventurero al acecho de la gran oportunidad.

La joven Kezy Wharton era un objetivo muy codiciado por infinidad de hombres, pero casi imposible de conseguir. La muchacha, sin más armas que su risa, en el momento oportuno daba el parón, dando a entender al cortejador que la broma había llegado a un punto del que ya no se podía pasar.

Sin darse cuenta Char estaba adoptando la actitud más acertada. Kezy acababa de anunciarle a Larson que Char se sentía celoso. Y Larson no dudó de que fuera así, apenas mirarlo.

A punto estuvo de soltar una carcajada. Empezó a confiarse pensando que el agente se encontrase en El Cairo en pleno despiste. Si fuera así, ya se encargaría Larson de acabarlo de desorientar. Las arenas del desierto admitían toda clase de huellas que el «karnsin», el temible viento de cincuenta días, sabría luego borrar.

Esto pensaba Larson en el momento en que, ya en la mesa, tendía una mano a Char.

En una mesa situada en un ángulo de la sala, otro hombre observaba a Kezy con el mismo entusiasmo que Char. Era un hombre de tez bronceada y grandes ojos negros.

Era Sokneh. Acababa de llegar y estaba ganando tiempo para ver

la forma de comunicarle a Larson una desagradable noticia, cuando vio que Char se sentaba a la mesa de Wharton.

Pasado el primer momento de sorpresa, toda su atención quedó concentrada en aquella preciosa muchacha, Y Larson ignoraba la avasalladora influencia que la hija de Wharton ejercía sobre su consocio.

—Encantado de tenerlo con nosotros —dijo Larson, al estrechar la mano de Char—. ¿Cómo se encuentra?

—¿Del golpe? Perfectamente... Por regla general, la mano del cobarde, suele temblar —y lo miró a los ojos.

También Kezy clavó la mirada en Larson. Pero éste permaneció imperturbable.

—Sí. Desde luego fue una agresión cobarde... Fue ella quien mirando a Char, preguntó:

—¿Bailamos?

Al quedar solos Larson y el padre de Kezy, comentó éste:

—Mi hija sigue con su doble juego... Primero le da celos con usted... —Se puso a reír, secundado por Larson, quien en ese momento reparaba en Sokneh, y le hacía una seña con un movimiento de cabeza, para lo aguardara en el despacho.

En la pista, ya siguiendo el baile, preguntó Kezy:

—¿Por qué ha tardado tanto?

Char no podía revelar que el asunto en el que se hallaba metido estaba derivando a situaciones cada vez más graves. La muchacha y su padre podrían alarmarse y recoger velas.

—He tenido que hacer algunas gestiones —contestó, evasivo. Ella se dio cuenta de que esquivaba contestarle.

—Pese a todos sus esfuerzos, usted no conseguirá hacerme creer que viene de dar un paseo tranquilo... ¿Es que desconfía de mí?

—No es eso... Es que pienso que he hecho mal en inducir a que participe en este asunto...

Era lo que ella esperaba que dijera: que se preocupaba por su seguridad. Y, satisfecha, declaró:

—Larson ha trazado un croquis.

—Lo sé. En un momento en que se creía a cubierto de todo riesgo, porque pensaba que yo no aparecería...

—¡Luego a usted le ha ocurrido algo!

—Lo mejor que me podía suceder. Tengo en mi poder a un

hombre que me va a servir de mucho... El croquis está en uno de mis bolsillos. Coincide en mucho con las declaraciones que ha hecho mi prisionero. Cuando Larson se dé cuenta va a pasar muy malos ratos.

Cuando regresaron a la mesa, Char se encontró con lo que menos esperaba. Sokneh, en lugar de encaminarse al despacho, se había acercado a la mesa, para que su consocio lo presentara.

—El doctor Sokneh, eminente egiptólogo y un gran amigo. El alma de nuestra empresa —dijo Larson.

Char lo saludó, iniciando una leve reverencia.

—Char acaba de hacerme una petición —declaró vivamente Kezy—. Quiere tomar parte en la excursión de mañana. ¿Ustedes qué opinan?

—Que eso lo va a decidir usted misma, Kezy —declaró Larson—. Cuánto usted haga será aceptado por mí... y por nuestro amigo el doctor Sokneh.

Los ojos del oriental quedaron unos momentos entornados, frenando el fuerte brillo que acababa de concentrarse en ellos.

—Para mi será un placer que él señor Wallan nos acompañe —dijo Sokneh—. Y creo que es también lo que usted desea, señorita.

En el rostro de Kezy asomó un rubor muy oportuno.

Siguió un silencio, durante el cual todos se observaban. Kezy, impulsada por la impaciencia, manifestó:

—Teniendo en cuenta el madrugón de mañana, propongo retirarnos al hotel.

Nadie objetó nada. Todos parecían estar deseando terminar aquella reunión. Larson, por lo menos, estaba ansiando quedarse a solas con Sokneh.

Momentos después, Kezy, su padre y Char iban en el mismo coche, hacia el hotel. En el trayecto hablaron de cosas indiferentes.

Ya en el corredor donde se encontraban las habitaciones, Girar dijo:

—Mañana ultimaremos detalles.

—No —replicó Kezy—. Papá va a ser tan amable que nos preparará un combinado de su especialidad, mientras usted nos expone el plan a seguir. ¿No es eso lo que está deseando?

Char quedó unos momentos con gesto de perplejidad, por la intuición de la muchacha.

—Efectivamente: No estoy pensando en otra cosa...

Una hora más tarde salía de las habitaciones de los Wharton. Al meterse en la suya, antes de encender la luz advirtió que había tenido «visita».

Un penetrante perfume y luego, en el cenicero que había junto a un sillón, unos restos de cigarrillo, manchados de carmín...

No había nadie. Durante unos momentos Char permaneció inmóvil, ya con la luz encendida, observando la habitación. Se notaba que la visita, impaciente, se había puesto a cambiar las cosas de sitio. Por fin se había marchado.

Fue al día siguiente, al saltar del lecho, en las primeras luces del amanecer, cuando advirtió algo que por la noche le pasó desapercibido. En la puerta, en la parte superior, había un cuchillo clavado. Era como los que utilizaron en el club.

Fue entonces cuando Char asoció la vaga imagen que conservaba de la mujer que lo abordó en la calle, con la que apareció en la pista del club. ¿Qué significaba aquel cuchillo?

¿Una amenaza? ¿O una señal de alerta?

A Char le era imposible averiguarlo en aquellos momentos. La hora de salida hacia el desierto estaba ya muy próxima.

Se guardó el cuchillo para llevarlo consigo. Instantes después llamaba en las habitaciones de los Wharton...

La pequeña caravana de «jeeps» avanzaba sobre la reverberante arena. Cuando las dunas se cruzaban en su marcha, la oscura boa que formaban los coches parecía partirse en varios anillos, cada uno con vida independiente.

Cuando de nuevo asomaban a la llanura, el cordón de vehículos volvía a parecer una sola unidad, un enorme monstruo de corteza oscura con el lomo moteado de blanco por los «salacot».

Ya hacía horas que la caravana había dejado atrás las frescas riberas del Nilo. Un sol de fuego volcábase rabioso y los resistentes vehículos diríase que de un momento a otro fueran a estallar. Ardían las planchas y de los motores irrumpían gemidos de ahogo.

Los ocupantes de los vehículos, defendidos los, ojos con gafas oscuras, permanecían callados, aturdidos por aquella primera inmersión en el gran horno.

Char iba en el coche de Kezy y su padre. A continuación venía la custodia que el millonario parecía haber impuesto como elemental

medida, para tomar parte en la expedición.

—¡A mí no me fastidian los beduinos! —exclamaba, cada vez que su hija, Larson o incluso Char, le razonaban que era innecesaria esa custodia, puesto que Larson y Sokneh ya llevaban.

El padre de Kezy, adoptando la actitud de un viejo terco, no se cansó de repetir que los beduinos no lo fastidiarían por imprevisión suya.

Optaron por aceptar, riendo todos. Y la mirada de Wharton y la de Char se encontraron, haciendo el padre de Kezy un leve guiño, como diciendo: «Han picado el anzuelo».

Así fue como cuatro occidentales y dos egipcios se agregaron a la caravana sin más misión, al parecer, que estar al cuidado de Wharton y su hija.

A media tarde tuvieron que hacer alto, agrupándose tras unas crestas de roca que emergían de la arena. Allá lejos el horizonte aparecía borrado.

El mar de arena estallaba en inmensas olas que avanzaban cara a ellos.

Al amparo de las rocas empezaron a levantarse tiendas, en tanto fundas de plástico cubrían los *jeeps*. En unos minutos lo más esencial de la maniobra quedó realizado, y cuando las primeras salpicaduras comenzaron a anunciar la gran avalancha, ya todos se encontraban bajo cubierto.

Los servidores de Wharton habían instalado su tienda cerca de la del patrón. Quien mandaba en él grupo era un hombre recio, con aspecto de marino y que hablaba un inglés con evidente argot del hampa.

Decía llamarse Bourke y por menos de nada se encolerizaba, y se ponía a maldecir, pero teniendo siempre la precaución de dirigirse a los cinco hombres que estaban bajo su mando.

—¡Maldita sea mi estampa! ¡Vosotros no sabéis nada! ¡Me habéis estafado...!

En todo caso, a quién habían estafado era a Wharton, que era el que pagaba. Pero Bourke parecía tener tal sentido de la responsabilidad, que había momentos en que daba el efecto de ser un maniático del mando.

Una vez el padre de Kezy no pudo contenerse de intervenir:

—¡Oiga, Bourke! ¿No cree que ya tenemos bastante con la

tempestad de arena?

Como reforzando su alusión, el viento en aquel momento se puso a aullar con mayor fuerza.

—¡Pero señor Wharton! ¡Yo lo digo por su bien! ¡Ese «Beduino» —y señaló a un egipcio, alto, seco— y aquel «Momia» —se refería al regordete y bajito, todo al revés— no sirven más que para comer, y si usted me autoriza los dejo en el desierto...!

—Yo no autorizo nada, Bourke. Y si usted ha cometido una equivocación, sepa cargar con su culpa...

En aquel momento llegaron Char y Larson. Desde que salieron de El Cairo, a Char lo consultaban Larson o Sokneh, a cada momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Larson.

—¡Por favor, Larson, encuéntrame un sitio para esos dos hombres! —dijo el padre de Kezy, pareciendo en realidad exasperado de las protestas del capataz.

—Ya le advertimos que una guardia era innecesaria —comentó Larson.

—¿Ha dicho usted innecesaria? —inquirió el capataz de la custodia, mirando a Larson.

—Sí, eso he dicho.

—¡Pues yo le digo...!

—¡Cállese! —ordenó Wharton, secamente.

—Yo me encargaré de los hombres que le estorben —dijo Larson.

—De acuerdo. Pero no irá a tirarlos por ahí, como propone este bárbaro...

—No se preocupe.

Seguía la furia de arena. Las lonas se bamboleaban y a veces parecía que fueran a escapar hechas pedazos.

Larson se marchó, seguido de los dos egipcios, y Bourke se retiró a su tienda, donde permanecían los otros tres de la guardia.

Quedaron solamente Kezy, su padre y Char. La joven iba a decir algo, cuando Char anunció:

—Larson y Sokneh vienen —se retiró rápidamente de la puerta.

Unos instantes después los dos anunciados por Char entraban en la tienda. Sokneh, como jefe de la expedición, acababa de recorrer el campamento para ver las condiciones en que estaba instalado.

—Todo está en orden —dijo Sokneh.

—¿Todo? —respondió Wharton, escupiendo arena.

—Al anoecer el viento amainará y continuaremos el viaje.

Sokneh, como si de pronto reparara en Char, hizo una brusca transición, mirándole:

—¿A que no sabe lo que me ha estado punzando en la cabeza, en todo el trayecto? Es por la semejanza que tiene su apellido con cierto profesor americano... ¡Un gran hombre! Pero la fatalidad... Aún lo estoy viendo, en los días que permaneció en El Cairo. Nos vimos varias veces, y me dio a conocer muchos de sus proyectos... El profesor Wallanberg.

Larson no podía con la táctica que empleaba su compinche. Él se consideraba incapaz de utilizarla. Pero Sokneh parecía en realidad tener nervios de momia, y desafiando la atención de todos, abordaba un tema muy escabroso.

Esperaba que Char acusase un movimiento de sorpresa, que se azorase, al verse descubierto. Pero se encontró con un hombre que le desafiaba utilizando sus mismas armas.

—Ese profesor era mi hermano —y los ojos de Char no se desviaron lo más mínimo, sosteniendo la mirada del egipcio.

Nada de esto había dicho a Kezy, ni a su padre. Los dos se le quedaron mirando, hondamente impresionados.

—¡Su hermano, el profesor Wallanberg! —exclamó Larson, fingiendo asombro—. ¿Y cómo no lo ha dicho usted antes?

—¿Por qué motivo tenía que decirlo? El hecho de que abreviara mi apellido debe darles a entender que quería rehuir que se me identificara con el malogrado profesor —contestó Char, con magnífica serenidad.

El padre de Kezy parecía por momentos más afectado.

—¡Recuerdo ese nombre!... Los periódicos hablaron de su desaparición en el desierto... ¿Es posible que no se encontrara rastro? —preguntó Wharton.

Nadie contestó. Entonces Wharton, excitado, gritó:

—¡Y se burlan ustedes de que yo lleve mi guardia!... ¿Irán a negarme ahora que en el desierto se practica el bandidaje?

—Menos que en las grandes ciudades —contestó Sokneh.

Kezy permanecía sentada, en el sitio más oscuro de la tienda, y desde allí observaba al grupo. No comprendía por qué Char le

silenció una cosa tan importante. De saberlo ella antes, más pronto se hubiera prestado a colaborar con él, pues ya se sentía segura de que lo que Char buscaba era esclarecer la desaparición de su hermano.

—El gangsterismo de la ciudad se explica —dijo Wharton—. Pero para los bandidos que se mueven sobre este horrible suelo de arena, ¿qué interés puede tener la vida de un arqueólogo?

—El desierto aguanta pacientemente —contestó Sokneh—. Se deja dominar... pero de pronto exige su tributo.

Char avanzó hacia el egipcio, taladrándolo con los ojos.

—¿Quiere eso decir... que la vida de mi hermano fue un tributo? Sokneh miró para otro sitio.

—Hablabamos en términos generales... Yo quisiera ayudarle, señor... ¿Wallan o Wallanberg?

—Me es indiferente. Ya lo que me indujo a truncar mi carrera de abogado, no tiene objeto. Me desesperaba que la desaparición de mi hermano quedase como materia para que los periodistas llenasen columnas, haciendo conjeturas. Me valí de influencias para introducirme en Interpol... Pero no sirvo para policía. Además, tengo en cuenta lo que me decía un inspector egipcio...

Sokneh, quizá por primera vez, parpadeó intrigado.

—¿Puede saberse qué dijo mi compatriota?

—Sí, naturalmente. «Estimado colega: Si se le pierde un alfiler en un pajar, no desespere y búsquelo. Cuando se canse, incendie el pajar. El alfiler aparecerá... Pero no busque a un hombre en el desierto».

Siguió un silencio. Larson y Sokneh no podían ocultar la ansiedad con que escuchaban a Char.

—Entonces;... —instó Larson.

—Regresaré a mi país y abriré mi bufete de abogado... ¿Qué otra cosa puedo hacer? Larson, reparando en el interés con que Kezy les escuchaba, sonrió y dijo:

—¡Quién sabe, Char!... Quizá el destino le devuelva el tributo que pagó su hermano al desierto —y miró alternativamente a los dos, a Kezy y a Char, para que le entendieran mejor.

Por fortuna Larson y el egipcio salieron enseguida. Char ya estaba agotando sus últimas reservas, para aparentar serenidad.

Lo último que Larson había dicho, aludiendo a Kezy, fue

definitivo. Permaneció inmóvil en el centro de la tienda, con los puños cerrados, sin atreverse a volverse de cara a Kezy.

La muchacha no parecía haber entendido lo dicho por Larson. Tampoco su padre. Larson y Sokneh, al salir de la tienda, se sintieron envueltos por un turbión de arena.

Apenas advertían los rabiosos arañazos del, huracán. Cada uno marchaba absorbido por el huracán que sentían dentro del cráneo.

Kezy se acercó a Char, en vista de que éste no se movía, luchando contra el deseo de salir tras los individuos, para batirse con ellos.

—Char: ¿Es solamente eso lo que persigue, vengar a su hermano? —preguntó Kezy.

—Si fuera eso únicamente, acabo de tener frente a mí a los que con toda seguridad tienen algo que ver con su desaparición —contestó Char, con voz ronca—. Pero cuando Interpol se prestó a respaldarme, yo tuve que prometer que miraría más allá de una cuestión personal...

Wharton también se le acercó.

—¿Luego hay más en este asunto?

—Sí, señor Wharton. Y eso hemos de verlo en las ruinas de que nos ha hablado ese falso doctor Sokneh...

CAPÍTULO IV

Una luna redonda iluminaba un paisaje inmóvil, de un silencio de muerte. Los ocupantes de los «jeeps» iban arropados, como si aquella luz blanca los tuviese ateridos.

Parecía imposible que aquel mismo sitio donde ahora reinaba el frío y la quietud hubiese sido horas antes una convulsión de montañas de arena que se desplazaban bajo azotes de fuego.

Char conducía el «jeep» en el que iban Wharton y su hija, además de dos hombres de la guardia.

—Ya es seguro que estamos dando un rodeo, como si fuésemos a volver al punto de partida —anunció Char.

A esto siguió un silencio. Kezy, sentada al lado de su padre, preguntó:

—¿Qué supone usted, Char?

—Que el croquis trazado por Larson no responde a la realidad. En el Departamento de Cartografía egipcio se comprobó un error demasiado grande en relación con el mapa que Sokneh presentó, cuando dio cuenta oficialmente del descubrimiento de unas ruinas.

—Uno de los dos mapas estará mal —intervino uno de los que integraban la custodia.

A Wharton ni a su hija les chocó que uno de la custodia interviniera en la conversación. Eran hombres escogidos por Char, y Wharton se limitaba a representar el papel de que iban en la expedición porque él los impuso.

—Yo creo que uno de los dos mapas es exacto —opinó Char—. Sokneh, naturalmente, habrá registrado el emplazamiento de las ruinas en el lugar que corresponde, porque él esperaba una comprobación oficial.

Hizo una pausa, para acelerar la marcha del «jeep». La distancia con el vehículo que iba en cabeza se había hecho demasiado grande.

—Para Larson la arqueología es un tapujo —siguió Char— y hay que averiguar lo que esconde tras ella. El croquis lo trazó de una manera instintiva, como hombre que está acostumbrado a hacerlo... Supongo que más de una vez ha hecho esas rayas, mandando a secuaces suyos para realizar una misión que todavía ignoramos... Pero creo que es la clave de todo.

La muchacha lamentaba haberse quedado al lado de su padre, y no haber ocupado el asiento delantero, al lado de Char.

—¿Qué le hace suponer que lo más importante está en las ruinas? —preguntó, acercándose lo más posible a Char.

—Cuando usted le pidió que le indicara el sitio, la noche del club, Larson estaba trastornado por el triunfo. Tenía la seguridad de que me había quitado del medio y, lo que era todavía más alentador: les había embarcado en su empresa...

—Pues malos cálculos ha hecho Larson, porque no he de cejar hasta saber qué hay tras de todo esto —dijo con firmeza el padre de Kezy.

—El croquis señala, sin duda, el sitio esencial, pero coge un punto de partida intencionadamente equivocado... Y el rodeo que estamos dando no tiene más fin que despistarnos —manifestó Char.

—¿Entonces cree que no vamos a llegar nunca a ese templo? —inquirió Wharton irritado por lo que consideraba una burla de Larson.

—Sí, llegaremos... Pero ya desconfío de que allí encontremos nada que nos interese.

Apretó de nuevo el acelerador. El coche subía casi vertical, por la movediza pendiente de una elevada duna.

Cuando el coche llegó a la cima, el último «jeep», el que conducía Bourke, comenzó a subir.

Char acababa de enfilear los surcos paralelos trazados por los coches que marchaban delante, los cuales ya se deslizaban alegremente sobre la llanura, cuando allá detrás sonaron varias descargas.

Char apagó los faros e iba a acelerar, cuando sonaron otros estallidos. Vieron las llamas de los disparos.

Estaban hechos desde el ala derecha de la duna que, en forma de herradura, había tenido durante unos minutos encajonada a la caravana.

Los agresores todavía tuvieron tiempo de coger abajo al último coche. O tal vez era ése el único coche que interesaba atacar, porque era el que debía transportar a toda la «custodia» de Wharton.

Pero en el momento de la partida, cuando ya los demás coches habían salido, Char decidió pasar los dos hombres que Larson había destinado a su «jeep», al de Bourke, sustituyéndolos por dos de la guardia.

Char paró el coche.

—¡Apéense! —dijo, dirigiéndose a Wharton y a su hija. El viejo le adivinó.

—¡Siga en lo que piensa hacer, Char, y no se preocupe por nosotros! Nos resguardaremos...

Char, sin aguardar más, apretó el acelerador y dando un rápido viraje lanzó el «jeep» en la dirección en que habían visto las llamaradas. Encendió los faros a la mayor potencia y fue trazando zig-zags.

Al pie de una vertiente los haces de luz enfocaron a dos camellos arrodillados. Luego, más arriba, destacaron dos bultos pegados a la arena.

Los faros quedaron inmóviles, enfocándolos, y en el «jeep» empezaron a crepitar las armas. Los dos de la custodia barrían con pistolas ametralladoras los puntos apresados por la luz.

A los dos bultos se les vio moverse. Uno apenas si se corrió un palmo del sitio en que se hallaba. El otro llegó casi a incorporarse. Por la abertura del blanco alquicel asomaron unas manos empuñando un rifle. No llegó a disparar.

Una ráfaga lo cogió desde la frente hasta la cintura, y cayó de espaldas. Luego comenzó a rodar, parándose próximo adonde los camellos permanecían arrodillados, impasibles, rumiando su oración del desierto.

En la hondonada el coche de Bourke estaba parado y el personal había saltado a la arena, atrincherándose tras el vehículo.

Dos hombres habían sido alcanzados. Uno, el muerto, pertenecía al grupo de Larson.

Toda la caravana se agrupó en el lugar de la agresión. Char hubiera querido que fuera de día, para ver el gesto de Larson y Sokneh, cuando supieron que uno de sus hombres había sido

muerto en el coche que conducía Bourke.

—La culpa ha sido mía —dijo Char, con irónica condolencia—. Sustituí a los dos que usted destinó a mi coche...

—¿Por qué lo hizo? —inquirió Larson.

—El señor Wharton se siente más tranquilo con su custodia...

—¡Y por lo que veo no es tan innecesaria! —Trinó Wharton, encarándose con Larson—: ¿Cómo explican lo que ha ocurrido?

—Estamos consternados —respondió Larson—. Este viaje lo hemos realizado muchísimas veces y nunca nos ha ocurrido nada.

—Pero el desierto suele, de vez en cuando, pedir su tributo —agregó Char, sardónico.

Buscó los ojos de Sokneh, pero éste se volvió de espaldas, con el pretexto de ir a dónde estaban los agresores. Resultaron, efectivamente, dos beduinos. Esto acabó de excitar al padre de Kezy.

—El que yo haya conseguido reunir un capital respetable, no es obra de la casualidad... Con esto quiero decir que antes de decidirme a salir en esta expedición tomé mis precauciones.

—¡Señor Wharton! —exclamó Larson, tratando de cortar cualquier recriminación—. Nadie es culpable...

—¡Está bien! Lo que digo es que lo mismo que me he prevenido contra los beduinos, lo he hecho contra quienes no lo son... Se pasarán de listos los que pretendan fastidiarnos, a mi hija y a mí...

Mientras tanto Bourke, sin cesar en las maldiciones, revisaba el «jeep». Con el hombre que le habían herido, más los dos trasladados a los coches delanteros, su grupo había quedado reducido a la mitad.

Se formó la caravana en el mismo orden que antes. Char prefería marchar en la cola, a tener a Larson a sus espaldas.

Cuando Char montó en el «jeep» se encontró a Kezy sentada al lado del volante. La serenidad con que se había comportado hasta aquel momento tenía a Char admirado.

—Desde luego, me es muy difícil reconocer en usted a la muchacha que tanto se asustó en el café árabe, cuando todavía no había sucedido nada.

Kezy se puso a reír. El coche arrancó.

—Aquel miedo pudo ser un recurso, una coquetería más, para captar la atención de ustedes —respondió Kezy—. Como ahora

puede serlo el parecer tranquila... Me he dado cuenta que para toda la expedición, mi estado de ánimo es algo que les interesa.

—A todos admira su serenidad.

—Es lo que pretendo, admirar —y volvió la cabeza, de cara a Char, los ojos encendidos de luna.

Él no pareció darse cuenta de la intención que llevaban las palabras de Kezy, y permaneció atento a la blanda y difusa pista, al horizonte, casi siempre idéntico, con las mismas ondulaciones de las dunas.

—Desde la salida, hemos trazado ya dos círculos completos —dijo Char, como pensando en voz alta—. Ahora marchamos en dirección Oeste.

Empezando a amanecer vislumbraron una mancha de vegetación. Al poco la caravana se detenía.

Habían llegado al pequeño oasis que servía de umbral a las ruinas del templo...

Avanzaron por el enlosado de granito, por entre dos filas de columnas y esfinges rotas.

En cabeza marchaba el arqueólogo que dirigía la obra, el profesor Blanchot, un francés de rostro enteco, como si su carne hubiese sido exprimida por el sol del desierto.

Wharton, que marchaba detrás del profesor, se quitó el «salacot» y se enjugó la frente.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Once meses.

—¿Sin haber salido una sola vez?

—Ni una sola. Once meses cumplidos y ocho días. Ese detalle de fecha no pasó inadvertido.

—Cuenta usted como los presos. ¿Es que no le gusta esto?

Blanchot, en vez de contestar, volvió la cabeza para mirar a los que se acercaban. Entre ellos estaban Larson y Sokneh. A la vista de esos dos individuos, el francés reaccionó como si hubiese sentido en las espaldas un latigazo. Su cansancio, su languidez, desaparecieron instantáneamente.

—Esto era el patio dedicado a las procesiones.

Columnas de pie, enteras, o de las que sólo emergía un fuste, señalaban rectángulos enlazados, pero siempre el que seguía se hallaba emplazado más alto.

—Ésta es la sala de la «Aparición» —explicaba el arqueólogo—. Cuando se halle en las condiciones primitivas, aquí existirá una semioscuridad... Éste es el sitio de las ofrendas y sacrificios...

Wharton iba a continuar para entrar en el único departamento que tenía techo.

Blanchot lo agarró de un brazo.

—Perdone.

El millonario lo miró, sin comprender.

—¿Qué ocurre?

El arqueólogo se volvió a mirar a Sokneh. Al encontrarse con los ojos del oriental pareció estremecerse.

—Está prohibido —balbuceó—. Es la «Cámara del misterio». En ella sólo entran los grandes sacerdotes.

Wharton iba a soltar la carcajada al oír que ritos con miles de años, ya caducados por el tiempo y la arena, pudieran tener influencia en la era atómica.

Pero también él se encontró con los ojos del egipcio y la risa no llegó a brotar de sus labios.

—Pido perdón yo ahora —dijo sencillamente—. Y propongo regresar a la tienda...

¡Este sol me mata!

Al reparar en el hormiguero de nativos dedicados a extraer arena y acarrear piedras, Wharton quedó espantado.

Char, Kezy y dos de la «guardia» se habían detenido viendo cómo trabajaban unos albañiles. Char se había sentado sobre un montón de piedras encarnadas, que, al choque con el sol, tenían brillos de mármol pulido.

Cuando el grupo llegó a donde estaban ellos, Char dijo:

—¡Estupendo material! ¿Se encuentran lejos las canteras?

—¡Oh, sí! —contestó el francés—. Unas seis semanas emplean las caravanas.

—¡Qué barbaridad! —comentó Wharton—. ¿Qué medios de transporte utilizan?

—Camellos.

—¡Eso es absurdo!... Habrá que estudiarlo. ¿Usted qué opina, Larson? Éste forzó una sonrisa.

—Va a ser difícil encontrar otros medios de transporte.

—Tal vez no —intervino Char, levantándose como empujado por

una feliz idea—. ¿Por qué no emplear el transporte aéreo? Sólo con improvisar una pequeña pista en la cantera... Porque la de aquí ya está hecha.

Larson dio una sacudida. Por pronto que quiso disimular, su reacción ya había sido captada por Char.

—¿Aquí hay una pista?

—Ese enlosado —contestó Char—. Parece que los antiguos concebían con vistas al futuro en todos los sentidos.

Y lo decía sonriendo, como bromeando. Pero lo que en realidad hacía era no perder detalle del cambio que se estaba produciendo en el rostro de Larson y en el de Sokneh.

Un silencio pesado, lleno de amenazas, dominó todo. Lo rompió Kezy:

—¿No íbamos a la tienda?

—Sí —contestó su padre—. Ah, Larson... Tenemos que hablar sobre esta empresa.

Ahora ya tengo una idea de lo que se trata...

El tono tajante que empleaba Wharton se impuso enseguida. Larson y el egipcio adoptaron una actitud extremadamente amable, más bien servil.

—¿Le parece bien en nuestra tienda, señor Wharton? —preguntó Larson.

—En la mía —contestó Wharton.

El grupo se dirigió hacia la mancha de vegetación, de la que emergían unas cuantas palmeras. Al pasar junto a un obelisco roto, Wharton reparó en los dos egipcios que formaban parte de su guardia y que ahora acarreaban piedra.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó, mirando a Larson.

—Darles trabajo, puesto que usted no los quiere.

—Yo los contraté para otra cosa... Denles un trabajo más ligero. Y cuando nos marchemos me los llevaré.

—Se hará como usted dice.

Lo primero que hizo Wharton al entrar en su tienda fue preparar la coktelera.

El profesor Blanchot se quedó en la obra. Desde la puerta de la tienda, Char vio cómo el arqueólogo se dirigía a los dos egipcios de la «guardia», los que Bourke apodaba como el «Beduino» y el «Momia». A las palabras de Blanchot, dejaron el trabajo y fueron

tras de él, seguramente para emprender otra tarea menos pesada. Char sonrió, enigmático...

Oyó que a sus espaldas el padre de Kezy planteaba con el tono autoritario de momentos antes:

—En primer lugar, Larson, he de decirle que el croquis que usted nos trazó en el club no es exacto.

Esto parecía esperarlo Larson, por la rapidez con que contestó.

—No soy cartógrafo, señor Wharton.

—Pero quién conducía la caravana debía conocer la ruta —dijo Char, volviéndose de cara a ellos. Y mirando a Sokneh—: ¿Por qué hemos dado tantos rodeos?

Esto ya no pareció que lo esperaran. Larson y Sokneh estuvieron unos momentos mirándose, vacilando.

—Hay en usted un tonillo de policía que me resulta muy molesto —dijo Larson. Char sonrió, como divertido.



—*Su tono me resulta muy molesto.*

4 • TRIBUTO

—No pretenda que nos enzarcemos, para zafarse de la respuesta. El señor Wharton espera oírle...

—¡Es cierto, Larson! ¿Por qué hemos dado tantas vueltas?

—Rodar sobre el desierto, no es rodar sobre el macadam de una ciudad —dijo el egipcio.

—¡Ahora soy yo quien no puede con ese tonillo de oráculo que emplea usted siempre que toma la palabra, Sokneh! —exclamó Wharton—. Estamos ahora en guerra contra los tonillos.

Larson soltó la carcajada, no sólo para disimular su cólera, sino para adular a Wharton celebrando su réplica.

—¿Qué les hace suponer que hemos empleado la ruta más larga?... Wharton desplegó un mapa.

—¿Quiere indicamos dónde nos encontramos?

Un dedo de Sokneh señaló, sin vacilar, un punto del mapa.

—Aquí.

—Perfectamente, donde suponíamos —siguió Wharton—. ¿Y no creen que las escasas millas que nos separan del punto de partida no pueden justificar el tiempo empleado en el viaje?

—Entonces, ¿qué es lo que usted supone? —preguntó Sokneh, siempre calmoso.

—Que no se juega limpio... Todavía no estoy convencido de que sea la arqueología lo que atrae a ustedes. ¿Qué hay detrás de todo esto?

A Char le parecía que era la actitud más acertada, la adoptaba espontáneamente ahora por Wharton. Era seguro que Larson y Sokneh esperaban una investigación, estando Char en el grupo. Lo mejor era demostrarles cuanto antes que se sospechaba de ellos.

—Si no he entendido mal —dijo Sokneh—, sus recelos, señor Wharton, han sido suscitados por un croquis que nuestro amigo Larson les dibujó.

—Da usted en el clavo...

—Pues bien: Lo ocurrido es que Larson indicó a ustedes el punto donde las caravanas descargan la piedra, a tres millas de la frontera libanesa... Supongo que es porque esa ruta fue organizada por él, de la única que en realidad se ha ocupado... No, no diga nada todavía, señor Wharton. Voy ahora a trazar el croquis de donde tenemos el depósito, por si coincide con el que les entregó Larson. Quiero que todos los recelos queden disipados.

Sokneh cogió un lápiz y, sobre el mismo mapa, trazó unas líneas.

—El punto preciso está aquí... ¿Coincide, señor Wharton?

—¡Con toda exactitud!

Sokneh tiró el lápiz sobre el mapa con todo énfasis y cruzándose de brazos, se quedó mirando al viejo:

—Entonces, exponga sus deseos.

—Saber por qué me lo han ocultado.

—¡Pero si no ha habido tal ocultación! —intervino Larson, viendo que la conferencia tomaba buen cariz—. Nunca iba a ocurrírseme que aquello pudiera interesarles.

—Todo lo que tenga relación con una empresa en la que yo tomo parte, me interesa.

¿Cuándo podíamos efectuar una visita?

—En el momento que usted lo desee.

—¡Ahora mismo!

—Perfectamente —aceptó Larson. Y mirando a Char—: Desde luego, puede usted venir.

—Se lo agradezco, pero prefiero quedarme. Ya que les veo camino de la cordialidad, no quiero que mi presencia de lugar a suspicacias...

Era lo más inesperado que Wharton y su hija podían oír en aquellos momentos. Wharton habían mantenido aquella disputa precisamente teniendo en cuenta las indicaciones de Char.

Y ahora que se les presentaba la oportunidad de visitar el punto anhelado, Char, bonitamente, renunciaba.

En los ojos de Kezy asomó un brillo de ira. A punto estuvo de increparlo, en presencia del adversario.

Afortunadamente, con el pretexto de preparar el convoy, Larson y Sokneh salieron. Apenas quedaron solos, Wharton exclamó:

—¡Me desconcierta usted, Char!... ¿Es la norma de Interpol? Char rompió a reír, lo que irritó más a padre e hija.

—Voy a proclamarle el mejor actor que ha existido nunca, señor Wharton. ¡Su labor es admirable!

Hizo efecto en el padre, quien empezó a sentirse halagado. Pero Kezy por momentos estaba más indignada.

—¡Sus elogios a papá no explican que la conducta de usted tenga lógica! —prorrumpió, frenética.

—Espere, Kezy... Contra lo que yo creía, aquí hay mucho que hacer —dijo Char, después de haberse asomado al exterior de la tienda—. Me harán un gran servicio si se llevan de aquí a Larson y su compinche. Además, el francés que dirige las obras...

—¡Ese hombre está aterrorizado! —aseguró Wharton.

—Una ventaja para nosotros. Ustedes márchense y que les

acompañe Bourke. Con nadie irán más seguros. Usted siga en su papel de hombre que recela de todo y a cada instante compruebe con todo descaro la ruta. Larson y su compinche le necesitan y pasarán por todo...

—Sólo así se explica que me aguanten tanta impertinencia.

Kezy, al principio, se había sentido decepcionada de que Char los alejara de su lado.

Luego, viendo que él se quedaba poco menos que solo, frente al enemigo.

—Piense que a Larson le será muy fácil librarse de toda responsabilidad, si a usted le ocurre algo, estando todos nosotros ausente...

—Lo tengo en cuenta —contestó Char—. La idea de Larson y Sokneh es poder preguntar al regreso qué ha sido de mí, y que los de aquí le contesten que me he «marchado». Pero yo procuraré recibir a ustedes.

Un rato más tarde, un convoy integrado por cuatro «jeeps» salía rumbo oeste. Char permaneció observándolo hasta que ya sólo fue un punto en la reverberante arena.

Entonces, alejándose del campamento se encaminó a la avenida de las esfinges. Se detuvo junto a Blanchot.

—Sonría, mientras me escucha —dijo a boca de jarro—. Es muy posible que nos estén observando... Si verdaderamente detesta este sitio, ayúdeme... ¿Un cigarrillo?...

Y Char le puso delante el paquete de cigarrillos.

Con dedos trémulos el francés cogió uno y se lo llevó a la boca.

—Tranquilícese —dijo Char, mientras le daba fuego—. Vamos paseando y haga como que me explica la obra.

Durante un buen rato, mientras andaban, el francés permaneció callado.

—Soy policía y algunos de los que me acompañan, también lo son. Hace tiempo se sospecha que Larson y su socio utilizan esto para algo ilegal... Aparte, tengo la seguridad de que son los que provocaron la desaparición de mi hermano, el profesor Wallenberg...

Intencionadamente dejó una pausa. Blanchot escupió el cigarrillo, sin darse cuenta. Se inclinó a cogerlo, aturdido.

—Déjelo... Tome otro.

Y por segunda vez quedó frente al francés, dándole fuego. El arqueólogo aprovechó el momento para mirarle a la cara.

—¿Le conocía? —preguntó Char.

—Sí —musitó Blanchot, mortalmente pálido, la piel del rostro extremadamente adelgazada, transparentando la calavera.

Y ahora fue a Char a quién estuvo a punto de escapársele el cigarrillo de la mano, al decir Blanchot:

—Su hermano está aquí.

CAPÍTULO V

Char quedó inmóvil, aplastado por lo inesperado, como si de pronto hubiese visto que uno de aquellos colosos de granito echaba a andar.

—¿Dónde?

Con el gesto indicó Blanchot el rectángulo designado como sala de la «Aparición».

—Allí... Pero no se ilusione pensando que lo va a encontrar vivo. Está en la cripta de la «Cámara de los Misterios».

—¡Lléveme...!

Blanchot pareció despertar por una sacudida de terror.

—¡No!... ¡Sería una muerte horrible...!

—¡Haga lo que le pido...!

Blanchot se puso una mano en el rostro, tanteándose los pómulos.

—No sé por qué le he dicho esto... Tal vez estoy más cansado de vivir de lo que yo mismo imagino.

Habían llegado a la sala de la «Aparición». Un poco más allá se erguía la inmensa caja de granito, herméticamente cerrada, correspondiente a la «Cámara de los Misterios».

Miles de años atrás, sólo los grandes sacerdotes podían transponer el umbral. Aquella puerta infranqueable para todo otro mortal, llevaba a la estancia donde reposaba la imagen de un dios.

—Este subsuelo está cruzado de galerías abiertas en la roca —explicó el arqueólogo.

El templo fue levantado sobre antiguas tumbas subterráneas... Si quiere que corramos el riesgo de entrar, podíamos esperar a que se hiciera de noche...

—A esa hora puede haber regresado Larson.

—No. Si van al depósito de piedra, no podrán volver antes de mañana.

—Pero ¿y si desisten de llegar hasta el final? Quedaron en silencio. Mientras fumaban con apariencia tranquila, paseaban la mirada por los lugares donde no cesaba el ir y venir de los nativos, que casi desnudos, con la piel bruniada por el sol, parecían llamear. Se oían sonsonetes con que acompañaban su esfuerzo grupos de obreros empujando grandes bloques.

—Los capataces son incondicionales de Larson —dijo Blanchot—. Es seguro que le están vigilando. Hágame caso: espere a la noche... Mientras, aquí fuera puede encontrar cosas que no carecen de interés. Por ejemplo, podíamos hablar del transporte aéreo. ¿Cómo se le ocurrió eso?

—¿Es que tenían proyectada una pista?

—Utilizan el enlosado que usted señaló. Char miró en esa dirección.

—Lo dije sin pensar... Pero ahora me doy cuenta de que es absurdo. Tendrían que apartar los pilares. A no ser que utilicen un helicóptero.

—Exacto.

—¿Y qué transportan?

—Piedras.

—El helicóptero no permite grandes pesos.

—Son piedras pequeñas.

—¿Qué clase de piedras?

—Aparentemente, idénticas a los montones que ve usted por ahí. La diferencia que pueda existir yo la ignoro... Esas piedras las guardan en la «Cámara».

—¿Vienen muy a menudo?

—Cada quince días... Mañana por la noche les toca... Aunque si ustedes siguen aquí, tal vez se suspensa el viaje.

Detrás de ellos sonaron pasos. Los dos se volvieron, recelosos. Era uno de los dos egipcios que tanto «desesperaban» a Bourke. El más alto, el apodado «Beduino», que llevando un largo madero sobre un hombro, se dirigía cansinamente hacia donde había un grupo.

—Nada tema —dijo Char—. Es de absoluta confianza.

Se encaminaron hacia el principio del templo. Momentos después, Char se separaba de Blanchot. Todavía tardaría unas horas en ponerse el sol.

Char se quedó aguardando la noche, con toda el ansia, aun sabiendo que la noche llegaría henchida de peligros...

Cuando llegaron al final de la primera galería talada en la roca se descolgaron por un pozo de unos veinte metros de profundidad. Descendían agarrándose a un cable sujeto a un fuerte soporte, apoyando los pies en profundos agujeros hechos en la peña.

Al final del pozo empezó otra galería, semejante a la que dejaron arriba.

Los pies de Char tropezaron con unas piedras que había arrimadas a la pared, a lo largo de la galería.

—¿Son éstas las piedras que se llevan?

—Seguramente —contestó Blanchot—. A mí nunca me han dejado participar en esa tarea.

Char inclinó la lámpara automática. Eran de forma irregular, y no precian nada trabajadas, sino tal como habían sido arrancadas de la cantera.

Pero otra cosa preocupaba en aquellos momentos a Char. El arqueólogo le había anunciado que al final de aquella segunda galería «vería» a su hermano.

—Después examinaremos esto. ¡Sigamos...!

Por momentos Char perdía la serenidad. Tan fuerte era su emoción, que su cerebro parecía infantilizarse, llegando a creer posible lo absurdo.

Al final de aquel oscuro corredor esperaba oír la voz de su hermano dirigiéndole un cordial reproche: «¡Vamos, Charles! ¿Cómo has tardado tanto?».

Llegaron a la cámara en que terminaba la galería. En uno de los lados, alineados en el suelo, la luz de la lámpara quedó fija sobre varios cadáveres momificados.

Corroída la carne, sólo piel y hueso, aquellos rostros situados entre el recién muerto y la calavera, formaban un corro aterrador. Sus cuencas sin ojos, su risa sin sonido y aquella vaga configuración de realidad y pesadilla, parecían que fueran a hacer estallar la roca, en una exposición de aquelarre.

Blanchot esperó callado hasta que Char pasó por segunda vez la luz de la lámpara por la cara de las momias.

Y sólo cuando Char lo miró interrogativo, dijo:

—El primero de la izquierda.

Char corrió allí. Lanceó con la luz un extremo y otro de la momia. ¡Aquél era el querido Alex!

La momificación lo había empequeñecido enormemente y apenas si en aquel borrón de facciones podía entreverse la imagen querida.

No pudo soportar, y desviando la lámpara, inició un sollozo.

—¿Para qué esto? —preguntó, sordamente.

—Es Sokneh quien lo dispone. Su hermano vino aquí engañado. Y cuando se dio cuenta quiso rebelarse. Pero el desierto es inmenso...

La voz de Blanchot sonaba apagada, como si saliera de uno de aquellos muertos.

—Yo también fui engañado —siguió el arqueólogo—, pero no he tenido el valor de su hermano... Sokneh es un asesino maniático. Pretende, como sus antepasados, erigirse una inmensa tumba con esclavos que le sirvan en el más allá. Quien comete una pequeña falta, quien da un indicio de rebeldía, desaparece misteriosamente... Dos meses después, ya momificado, aparece en esta cripta.

Y el rostro sólo piel y hueso, de Blanchot, se contrajo en una expresión horrible, en trasunto perfecto de la momia.

—Sé que mi final... también será este...

Char apretó las mandíbulas, para contener un grito salvaje. Luego, mirando a Blanchot:

—Todavía tendrá usted el consuelo de darle a Sokneh la muerte que merece...

¡Vámonos!

Al regresar a la galería, Char recordó las misteriosas piedras. Cogió una y estuvo mirándola por todos lados, sin encontrar nada anormal.

—Tendremos que partir alguna.

Lamentaba no haberse provisto de herramientas. De pronto, pasándole la lámpara a Blanchot, se inclinó a recoger una piedra que acababa de rodar, al tropezar con ella un pie del arqueólogo.

Con un cortaplumas se puso a raspar en un pequeño círculo, de un color levemente distinto al resto de la piedra.

Tuvo que inclinar la punta del cortaplumas, para seguir la línea del pequeño círculo. Pero el material era tan duro, que se rompió.

Entonces utilizó el cuchillo que encontró clavado en la puerta de su habitación, en el hotel.

Poco a poco fue desprendiéndose un polvillo hasta que el redondel comenzó a moverse. Al fin caía un tapón de piedra, perfectamente tallado en cono truncado.

Luego hurgó con el cortaplumas en el agujero y notó que tras una blanda resistencia, algo se desgarraba dentro. Empezaron a salir trocitos de material plástico.

Inclinó la piedra de forma que el agujero quedase apuntando al suelo y al cabo de un momento comenzó a gotear una sustancia espesa de un color pardo oscuro.

—¡Es opio...!

Sacó un pañuelo y lo empapó de aquella sustancia. Luego aplicó el tapón de piedra en el orificio, dejándolo bien sujeto y rodando la piedra de forma que quedara oculto.

—¡Vámonos...!

Se encaminaron al pozo que comunicaba con la galería de salida. Blanchot iba delante. Cuando llegaron, en el momento en que Blanchot extendía las manos para coger el cable, Char dio un salto, y agarrando al francés lo obligó a retroceder. Unos segundos después rebotaba contra el suelo una enorme piedra, y enseguida el cable caía cortado.

A pesar de las precauciones que habían adoptado para entrar en la «Cámara», los habían visto. Resultaba una ironía bastante amarga, que ahora que comenzaban a andar sobre la pista, quedasen con los pies cortados.

Salir por el pozo sería acudir mansamente a las manos del matarife.

—¿No existirá una salida secreta? —preguntó Char.

—Es casi seguro que no... En todo caso, nos harían falta herramientas.

Char apagó la lámpara. Un minuto de luz podía serles tan necesario como una última cápsula en el momento decisivo. Se tanteó la «Luger», enfundada en la sobaquera y los dos cargadores repletos, cada uno en un bolsillo.

—De momento no tenemos más remedio que esperar. Sentémonos y ya veremos qué nos aconseja un cigarrillo —propuso Char.

Ya sentados, fumando, dijo Blanchot:

—Cuando nos disponíamos a entrar, usted dijo que había tomado algunas precauciones...

—Y es cierto... Pero algo debe haber fallado.

Cada uno cubría con la mano el leve resplandor de la brasa del cigarrillo, dos heridas de las tinieblas que de pronto despertaban con flujos de fuego, bajo la costra de ceniza.

—No desesperemos —manifestó Char—. Escuchemos el consejo del cigarrillo.

Lo dijo por decir algo, sin confiar mucho en lo que expresaba. No obstante, Char nunca estuvo más cerca de la realidad. El mudo consejo del cigarrillo era que permanecieran sentados y esperaran... Las cosas, mientras, cambiarían el rumbo.

Fue cuando la brasa ya se encontraba próxima al extremo que mojaban los labios, que se oyó arriba un grito agónico... Y enseguida el ruido de algo que se precipita por el pozo.

Char se incorporó y teniendo en la derecha la pistola, proyectó la luz de la lámpara al área del pozo.

Vio el cuerpo de un hombre caído de bruces, con un escoplo de cantería clavado en la espalda.

Blanchot lo reconoció enseguida.

—¡Es Horris, un bestia carnicero!... ¡El brazo derecho de Larson y el terror del campamento...!

La manera con que había sido muerto hizo pensar a Blanchot que había sido obra de un aterrorizado.

—¿Se habrá rebelado el campamento? —preguntó, esperanzado.

—Todavía no, pero tengo confianza en que eso ocurra —contestó Char—. Es una de las medidas tomadas antes de bajar aquí...

Blanchot quería creerle, pero no podía vencer el escepticismo que su miedo le dictaba.

—Eso va a ser muy difícil. Nadie puede acercarse a las cuadrillas de obreros sin despertar sospechas...

—Larson mismo se ha encargado de poner el explosivo en el centro del corro... ¿No recuerda los dos egipcios que el señor Wharton?...

—¡Sí!... ¿Qué ocurre con ellos?

—Son dos formidables policías que disponen de toda la

preparación científica de los occidentales, además de la paciencia y sagacidad oriental.

—¿Entonces, Bourke? —Bourke, y toda la «guardia» del señor Wharton son agentes a mis órdenes.

En lo alto del pozo sonó, con intermitencias, un débil silbido que fue contestado de la misma forma por Char. Encendió la lámpara y vio que descendía una cuerda en la que iba enganchada una nota.

«Aten a esta cuerda el cable cortado. Afuera la situación todavía no está despejada.

»Si prefieren esperar ahí abajo...»

Char se apresuró a atar a la cuerda el grueso cable que les permitiría salir del pozo.

Momentos más tarde conseguían trepar por el agujero del pozo, llegando a la galería que comunicaba con la «Cámara de los Misterios».

Allí les aguardaba el «Momia».

—No salgan. Recelan...

—No importa —replicó Char—. ¿Ha regresado el señor Wharton?

—Todavía no.

Explicó que fue sorprendido por Harris, en el momento en que entraba en la galería. Y retrocedió.

—Pero aquí ya habíamos metido a dos obreros que lo odiaban. Cuando estaba inclinado a la boca del pozo, saltaron sobre él...

—¡Lo que yo he soñado muchas veces! —exclamó Blanchot.

Al llegar a la salida, se lanzaron por la zona no alcanzada por la luna. Cada vez que llegaban a un montón de piedras se detenían para observar.

Nada sospechoso advertían. Diríase que ellos tres eran los únicos seres que había en las ruinas.

Pero aquella calma era falsa. Cerca de la avenida de las esfinges, cuando se disponían a separarse del último montón de piedras, vieron desprenderse una sombra, que se dirigía al sector iluminado por la luna.

—Es Towell, otro incondicional de Larson —murmuró el arqueólogo.

Char y el otro agente habían desenfundado la pistola. Pero prefirieron esperar. En las manos del individuo habían visto relucir la hoja de un cuchillo. Sus pasos llevaban una dirección transversal a la que se encontraban ellos.

Iba agazapado, cada paso era un prodigio de cautela y elasticidad. Cuando llegó cerca de una columna se irguió, levantando el brazo que empuñaba el cuchillo.

Char acababa de aplicar el silenciador a su pistola. Apretó el gatillo y brotó una raya de luz. El individuo se desplomó, sin emitir el más leve quejido.

Char aguardó unos momentos, por si aparecía alguien. Luego corrió a donde estaba el muerto. Iba a inclinarse para ver quién era, cuando alguien acucillado susurró:

—Soy yo... Lleve cuidado, Char.

Era el otro agente egipcio. Char se colocó a su lado, también agachado.

—Tenemos entre el personal a algunos dispuestos a rebelarse, pero hemos de esperar el día. Cuando sepan que los capataces han muerto, todos se entregarán.

Pero en la precaución que veía en el agente egipcio Char encontró algo alarmante.

—¿Qué me oculta?

El «Beduino» casi dio un salto, por la sorpresa.

—Verá... —extendió un brazo, señalando al desierto—. Creo que se detuvo un «jeep», con los faros apagados, hace un rato.

Char no perdió tiempo en vacilaciones. Indicó que se reuniera con su compañero y permanecieran alerta en el campamento de los obreros y, aunque llegaran los otros «jeep», no descuidaran la vigilancia del personal, hasta que se hiciese de día.

Dicho esto, Char retrocedió hacia la «Cámara»...

Antes de que el «jeep» que iba en cabeza se detuviera, Wharton saltó. A continuación, Larson, que era el que conducía el coche, por orden del padre de Kezy, como garantía.

La muchacha iba inconsciente. Llevaba una herida de bala en el lado izquierdo, cerca de la cintura y había perdido mucha sangre. Fue al llegar al depósito, apenas se apearon.

El «jeep» que conducía Sokneh emprendió el retroceso, disparando contra el grupo.

Bourke estaba herido en un brazo.

El error de Wharton fue mandarle a Larson que acelerara, colocándose en cabeza, para llegar cuanto antes al oasis. Bourke se quedó un poco rezagado, para distribuir la guardia en los alrededores del campamento.

La explicación que Larson había dado era muy simple: que Sokneh se había vuelto loco.

—Ya ve que ha disparado también contra mí —dijo, apenas aparecerse.

—¡Cállese!... ¡Esto lo va usted a lamentar lo que le quede de vida!

La trasladó al interior de la tienda, rechazando la ayuda que Larson quería prestarle. Al encender luz, se encontraron con Sokneh, que había cogido a Kezy de la cintura, apenas su padre la dejó tendida en el camastro. Con un cuchillo le amenazaba el cuello.

—Si fuera notan algo... —susurró Sokneh.

Y sus ojos parecían verdaderamente de loco. Wharton iba a gritar, pero Larson lo tocó en un brazo.

—Suelte a mi hija... y yo le prometo...

—Guárdese sus pobres promesas —replicó Sokneh, sin levantar la voz—. Lo único que le resta hacer es gastar su dinero en la reconstrucción de este templo. Su hija se lo agradecerá... En cuanto a los que esperan afuera, usted verá si vale la pena aconsejarles que no disparen...

—¡Sokneh! ¡Eres un traidor! —profirió Larson, sordamente.

—¡Perro maldito! ¡Te dije que no saliéramos! ¡Char se nos ha ido de las manos! ¡Ha entrado en la «Cámara»...!

Larson ahogó un rugido. Y mirando a Sokneh, atónito:

—¿Y te separas de mi ahora?

—¡Siempre lo hemos estado!... ¡Maldito lo que me ha importado nunca tu sucio tráfico!... Sólo me interesaba que este lugar sagrado quedara otra vez en pie... Asómense y verán que cada montón de piedras es un fortín, donde acechan policías...

Wharton y Larson, creyendo que habían llegado refuerzos durante su ausencia, se asomaron. No vieron a nadie, ni siquiera a los que habían bajado de los «jeep».

Cuando se volvieron, Sokneh había desaparecido con Kezy. En el

fondo de la tienda se veía un corte vertical, hecho a cuchillo.

Como si una maligna ráfaga hubiese segado la vida en torno, borrando hasta sus huellas, aquellas piedras muertas parecían los únicos testigos al paso de Sokneh, con su preciosa carga.

Esta quietud y soledad era la peor arma qué podían emplear contra su locura. Si de detrás de aquellas piedras hubiese visto asomar rostros ceñudos y armas a punto de disparar, Sokneh hubiera afirmado en su mano la pistola que acababa de desenfundar, y al más leve presentimiento hubiera apretado el gatillo contra Kezy.

Pero esta aparente soledad, por momentos iba abrumándolo. La rebelión tanto tiempo temida intuía que se había producido.

Afortunadamente ya se hallaba cerca de la «Cámara». Otra vez las ideas exaltadas volvieron a apoderársele. Allí, en el antro del dios, sus nupcias eternas quedarían selladas.

Antes de decidirse a entrar miró a las ruinas. Por unos segundos el pasado, lo soñado por Sokneh, fue realidad. El enlosado apareció limpio de arena. Los muros se irguieron, con sus indelebles inscripciones, hablando de un glorioso pasado...

Fue introduciéndose en la galería, de espaldas al pozo. Estaba amaneciendo y desde la galería se advertía el desgarrón de la noche. Pronto en el oscuro conducto se perfilarían los objetos.

Algo saltó a su lado, al tiempo que un toque en la nuca, con el borde de una mano, en hábil golpe de judo, lo hacía tambalearse.

Kezy iba a caer, pero el mismo que había golpeado a Sokneh la sostuvo con las dos manos, amortiguando el golpe, despreocupándose del riesgo que corría.

Era Char. Sokneh, tambaleándose, había retrocedido, llevando el revólver en la derecha. Hizo dos disparos y los proyectiles mordieron en las paredes de la galería. Nada se movía.

Char permanecía amparando con su cuerpo el de Kezy, las caras juntas, no osando moverse para sacar la pistola, por miedo a que Sokneh advirtiera un temblor en las sombras.

Sokneh pareció tragado por la roca. La idea de que pudiera descender a la otra galería para destruir las comprometedoras pruebas, le indujo a la acción.

Dejó a Kezy, recostada en la pared. La muchacha alentaba apagadamente. Antes de separarse de ella le acarició el cabello y la

besó en los labios.

Afuera se oyeron pasos. Alguien dio el alto, y Char lo reconoció:
—¡Bourke!... ¡Entre! ¡Kezy queda a su cuidado...!

La muchacha permanecía con los ojos abiertos. Intentó sujetarle, pero apenas pudo mover los brazos.

Char se dirigió al pozo y escuchó. Se oían pasos precipitados, muy hondos. Y se descolgó, como tocado por la misma locura que poseía a Sokneh.

Aún no había posado los pies en el fondo, cuando oyó un alarido. Siguió un silencio.

Luego, resuellos, y frases pronunciadas entre dientes, en furioso rezo.

—¡Blanchot! —gritó Char, intuyendo lo que ocurría—. ¡Conteste o disparo!... La respuesta no se hizo esperar.

—Aquí estoy... Nada me sucede... sino que creo que he renacido...

Se acercaba cada vez más deprisa. Cuando llegó a donde estaba Char, dijo:

—Cuando usted abrió la piedra, se le olvidó el cuchillo... Ahora yo lo he olvidado también... ¿Lo recojo?... Está sucio...

Comprendió que Blanchot había tenido la ocasión que aquella misma noche le pronosticó Char, como desquite suyo y de los que estaban en la «Cámara».

—Suba —le indicó.

El francés obedeció, dando pruebas de una vitalidad extraordinaria. Ya arriba los dos, Blanchot dijo:

—Creo que he podido hacerlo... porque me alentaban...

—¿Quién?

—Las momias.

Cuando salieron, Kezy ya estaba en la tienda. Al preguntar por Larson, un agente egipcio dijo que había escapado con dos secuaces.

—Pero no irá muy lejos... Bourke dice que su «jeep» apenas tiene gasolina...

—¡Hay que cazarlo vivo! —dijo Char—. ¡Y antes de que llegue a un punto desde el que pueda emitir alguna contraorden...!

Char no olvidaba lo que Blanchot le reveló, sobre los viajes del helicóptero, cada quince días. Una de esas llegadas correspondía a la próxima noche.

La plantilla de operarios ya no constituía ningún peligro. Los indecisos se habían ofrecido a colaborar con los policías. Uno de ellos dio como prueba de sinceridad el revelar un depósito de armas que había en la primera galería, que el mismo Blanchot ignoraba.

También Wharton deseaba que cogieran a Larson vivo.

—¡Quiero saber por qué me han soportado, siendo así que su consocio no ha vacilado en disparar contra mi hija...!

—Estoy seguro de que Sokneh no quería el exterminio de Kezy —dijo Char—. Quizá suponía que ella estaba bien resguardada, en el momento en que se decidió a disparar. Lo que no esperaba era que Bourke y los demás de la custodia le dieran la réplica tan pronto...

—¿Cómo sabe que ese maldito no quería el daño de mi hija? —preguntó, mirándolo fijamente.

Char no se atrevió a decirle que Sokneh le tenía reservado, desde, el primer día que la vio, un destino «privilegiado», en ultratumba.

—Creo que estaba enamorado —dijo escuetamente.

—Ah. ¡Eso es absurdo...!

—En cuanto a la paciencia que Larson ha tenido con usted... mire esto... Le mostró el pañuelo sucio de opio. Le explicó lo ocurrido con las piedras.

Wharton por momentos parecía más desconcertado. Su hija, ya muy animada, permanecía echada en el camastro, siguiendo atentamente el diálogo.

—Papá... Recuerda las veces que le has dicho a Larson que tenías la suficiente influencia en las autoridades para que se hicieran los distraídos cuando te decidieras a trasladar reliquias egipcias...

—¿Y qué? Sin necesidad de que se hicieran los distraídos. Tengo permiso para llevarme algunas antigüedades. Mi dinero me cuesta...

—Unas piedras de relleno, no hubieran llamado la atención —dijo Char—. Todas las aduanas se hubieran podido pasar sin riesgo, llevando la garantía del apellido Wharton...

El viejo se dejó caer en el asiento que había próximo al camastro. Estaba pálido.

—¡Dios mío!

Cazar a Larson no iba a ser tan fácil. Partieron tres «jeep», y

cuando horas más tarde regresaron, no traían de Larson más noticia que habían encontrado el coche al pie de una duna, con los depósitos vacíos.

Durante un corto trayecto siguieron los pasos de tres hombres. Después esas huellas se perdieron en una ruta muy batida por las caravanas.

Dedujeron que Larson tenía prevista la retirada, disponiendo de cabalgaduras, para perderse en la selva.

Según fue detallando Blanchot, apenas hubiese anochecido, debían encenderse hogueras, en torno a cada pilastra. Ésa era la señal. A veces resultó imposible darla, porque el huracán arramblaba con todo.

—Esta noche serán las hogueras más vivas que se hayan encendido aquí —dijo Char a Blanchot—. Aunque sólo sirvan para celebrar el fin de su esclavitud...

A medianoche se oyó el runruneo del helicóptero. Dos hileras de llamas marcaban el sitio de aterrizaje entre esfinges y columnas rotas.

—¡Está ahí!... ¡Está ahí! —prorrumpió Char, entrando en la tienda de Wharton.

El viejo salió hacia el enlosado, donde fulgían las hogueras. Dio el efecto de que huía.

Char se encontró a solas con Kezy. Aunque cerca de la tienda había quien vigilaba, no se decidió a marcharse, pese a que la llegada del helicóptero le interesaba enormemente.

Kezy, fingiendo estar dormida, le observaba, siguiendo con gran ansiedad las reacciones de él. Hasta aquel momento, ella había encontrado justificado que la relegase a segundo plano. Pero no ahora, en que la trama de aquel tenebroso asunto estaba descubierta, y podía ser seguida hasta sus mismas raíces por cualquier agente.

Char, después de vacilar unos momentos, optó por meterse en la tienda, y de pie a un lado del camastro, permaneció unos instantes contemplando el bello rostro de Kezy, cuyos ojos parecían totalmente cerrados.

Se acercó más e inclinándose, poco a poco fue acercando su cara a la de ella, hasta posar sus labios en los de la muchacha. Enseguida retiró la cara.

Kezy abrió los ojos. El vibrar del motor era ya un estruendo.

—¡Char!... ¿Qué ocurre? —Como si efectivamente despertara.

Pareció convertirse en un niño, por el azoramiento que se le apoderó, como crío sorprendido en plena diablura. Se puso a referir a tropicones lo que sucedía.

Ella no cesaba de mirarle, mientras él hablaba. Pero nada de lo que Kezy esperaba, fue manifestado con palabras. Con los ojos, sí. Que la adoraba, y que estaba lamentando que la hora de la separación se aproximara.

—Utilizaremos ese aparato para que usted y su padre se trasladen a El Cairo...

El que ella permaneciera allí todo el día se debió tanto al buen cariz que presentaba la herida, como al temor de que Larson tuviese en la ruta a gente acechando.

—Dentro de unos días ustedes se encontrarán en casa, y todo esto apenas será un recuerdo —siguió Char.

—¿Va usted a seguir de inspector?

—No. Mi propósito era evitar que la Prensa siguiera haciendo conjeturas sobre la desaparición de mi hermano. Ahora, lo que publiquen tendrá una base, quizá demasiado real...

Afuera, ya se había establecido contacto con los dos tripulantes del aparato. Blanchot fue el primero que se les acercó. Cuando fueron a darse cuenta, ya estaban rodeados.

Sus declaraciones, aquella misma madrugada, pusieron al descubierto parte de la extensa red tejida por Larson y otros magnates del crimen, con sede en distintos países, desde Extremo Oriente, al centro de Europa.

En el helicóptero encontraron cápsulas de plástico, ya con el jugo de las adormideras transformado en heroína. Era lo que dejaban en el templo en ruinas, para cargar con materia prima, que llevaban al laboratorio, emplazado en una ciudad de los Balcanes.

Nunca estuvo más dedicado a la muerte aquel templo en ruinas, como al ser convertido en depósito de la mortífera droga.

Pero la vasta organización recibió un formidable tajo, al fallar el lanzamiento de multitud de cápsulas repletas de droga, hacia los Estados Unidos, que era adonde apuntaba el grupo de Larson.

—La presa de Asuán, con el traslado de templos y estatuas, iba a crear un gran trajín muy favorable para los traficantes de drogas —

comentó aquella madrugada Char, momentos antes de salir para El Cairo—. En las fronteras van a verse constantemente reliquias egipcias, cedidas por los Gobiernos egipcio y sudanés, en agradecimiento a la ayuda recibida... Ése era el momento que Larson y compinches pensaban aprovechar.

Los dos tripulantes del helicóptero, acobardados, se ofrecieron para ayudarles en las pesquisas, siempre que les garantizasen que los ampararían contra las represalias de los compinches.

—En El Cairo decidiremos —le contestó Char.

CAPÍTULO VI

En El Cairo, Kezy ingresó en un sanatorio regido por personal norteamericano. Char volvió al hotel, ocupando la misma habitación de antes.

Todo el asunto lo dejó al cargo de otros inspectores de Interpol, que con la colaboración de la policía de los países respectivos, se lanzaron a cortar miembros, antes de que el gran pulpo se replegara.

Char parecía haberse desentendido de todo. Cuando fue al aeródromo a despedir al profesor Blanchot, le dijo:

—Dentro de unos días yo también regresaré a mi país.

—¿Va a abrir el bufete de abogado?

—Sí. Y con verdadera gana de trabajar, cosa que antes no me ocurría. Blanchot desvió la mirada al decir:

—Yo sé de un financiero que necesita un asesor jurídico, con mucho arrojo para dirimir pleitos familiares... Bueno, lo que yo quiero decir...

Pero Char sabía demasiado a qué se refería. En presencia de Blanchot, el padre de Kezy había comentado que de toda aquella pesadilla quedaría algo bueno, y eso sería, el que su hija hubiese entrado en la sensatez. «Y eso se debe a usted, Char. No sé cómo demonios se las ha apañado usted, pero lo que es cierto es que me la tiene cogida del cuello, y no se rebela...»

Cuando dijo esto Char enrojeció, a pesar de que ya sabía que Wharton tenía la tendencia a divertirse colocando en apuros incluso a su hija.

Char se separó de Kezy con el propósito de buscarla, tan pronto concluyese su misión: localizar a Larson.

Con la policía local había convenido establecer una discreta vigilancia en el club, que se sabía dependía de Larson, aunque lo regía una testafarro, que había desaparecido también.

La policía no detuvo a ningún empleado, esperando que los más responsables se confiaran.

La segunda noche de llegar a El Cairo, Char se dejó caer en el club, a la hora de actuar el número de los cuchillos. Y Rina salió, con menos ropa que nunca, con la cabellera rojiza casi como única cobertura de su busto.

Reparó en Char cuando los cuchillos ya estaban perfilándola. Entonces ocurrió algo que hizo que el público se pusiera de pie, en un movimiento de horror. Rina había movido el cuerpo, como buscando los cuchillos, y un acero quedó clavado en su carne, casi en el mismo sitio donde Kezy recibió la mordedura de bala.

El artista que lanzaba los cuchillos quedó como de piedra. Algunos empleados hicieron acción de ir a socorrerla, pero Char y algunos agentes se adelantaron.

Fue Char quien la desató y quién se la llevó en brazos, fuera del local.

Camino de la clínica, Rina se desmayó. Al día siguiente todos los periódicos referían el incidente en el club, y daban el nombre del americano que había intervenido.

Aquella noche Char se retiró al hotel sin haber tenido ocasión de interrogar a Rina. Al entrar en su cuarto, en el momento en que iba a encender la luz, creyó ver la silueta de un hombre que avanzaba, en plena oscuridad, hacia él.

Se agachó ya con la pistola en la mano. Disparó en el momento en que advirtió el relumbre de un cuchillo. Se oyó un alarido de fiera herida y el choque de un cuerpo.

Char se incorporó de un salto y encendió la luz. Afuera empezó a oírse gente. Un empleado, acompañado de un policía que prestaba servicio en el hotel, se abrieron paso en la barrera de gente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el policía, así que Char abrió la puerta. Char se limitó a señalar el árabe tendido a los pies de la cama.

Cambió de habitación. Y al día siguiente, de hotel.

De la clínica donde había ingresado Rina, lo llamaron. Char acudió y entonces supo de labios de la mujer, que su hermano tuvo amistad con ella.

—Le aconsejé que se marchara lejos de este país...

Yo no me atrevía a decirle que huyera de Larson. ¡Ojalá hubiera

tenido valor...!

—¿La Víspera de mi salida hacia el desierto, estuviste en mi habitación?

Rina asintió. Quería justificarse por haberle abordado en la calle, sirviendo de señuelo para que lo capturaran. Aquella noche, en vista de que él no regresaba, dejó un cuchillo, como señal de alerta.

—También me faltó el valor para esperar... Por eso esta noche... Esa noche se había ofrecido a los cuchillos.

—Quería que me sacaran de allí. Larson me vigila en la sombra... Me matará, si sospecha que le ayudo.

Char le dio las gracias por la información que le dio, durante una larga hora. Su habitación quedó bien defendida por agentes egipcios.

A partir de aquel día, Char pareció haberse perdido en el desierto. Cuando de nuevo fue visto en El Cairo, Wharton ya había dejado la capital. También su hija...

Se disponía a abandonar el bar y salir a cubierta. A las cuarenta y ocho horas de travesía, la vida a bordo le resultaba insufrible.

Frente a la costa portuguesa Char sintió la tentación de desembarcar. En Lisboa hubiera cogido el avión y en unas horas se hubiera encontrado en Nueva York.

No lo hizo y ahora le pesaba. El haber desistido fue por un escrúpulo absurdo. Como si su permanencia en el barco fuera a remediar algo...

En la bodega iban tres ataúdes. En el momento del embarque había vuelto a ver a su hermano, y desde entonces fue su obsesión. Había momentos en que el viento poblado de ruidos del mar se volcaba en sus oídos, silbándole palabras candentes: «Pequeño Charles, ¿ya has olvidado a tu hermano?».

Había momentos en que encontraba razones de sobra para justificarse. Más de la mitad de los cómplices de Larson habían caído en poder de la policía, y la siniestra máquina estaba desmontada. ¿Qué más podía haber hecho?

Pero en otros momentos, ahora mismo en que bruscamente se disponía a salir del bar con el pretexto de que aquella orquestina le exasperaba, las razones para defenderse ya no le parecían de tanto peso.

Y fue en el momento en que reconocía que por su parte había habido dejación en la promesa que hizo de no detenerse hasta conseguir que Larson fuera a la silla eléctrica, cuando vio entrar en el salón a quién menos podía ver aparecer.

Char se dejó caer de lo alto del taburete en que se hallaba sentado junto al mostrador y fue a su encuentro, aturdido.

—¡Kezy!... ¿Cómo es posible?...

—¿Qué tiene de particular? Estoy a bordo mucho antes que usted —contestó, en tono glacial.

Cada vez más desconcertado, la invitó a sentarse a una de las mesas apartadas. Ella tardó en contestar. Sus ojos negros iban pasando revista a las distintas mesas. En algunas, sus ocupantes la saludaban, como viejos amigos.

—Preferiría sentarme en aquella mesa... Aquellos amigos me esperan... Char la miró gravemente. Y sonrió, encogiéndose de hombros.

—En realidad... es poco lo que tenemos que hablar. Simplemente preguntarle... Ella le cortó.

—Me encuentro perfectamente y papá hace días que se halla en casa... ¿Usted sigue las pesquisas?

Char la miró fijamente.

—No comprendo esta frialdad.

—¿No? Creí que me conocía.

—Sé que el final del juego es que usted se eche a reír... Pero en este caso no corresponde que usted me pare los pies...

Era como decirle: «No se pase de lista. Todavía no le he dicho que usted me obsesiona...»

Kezy enrojeció, entendiendo la reticencia. Sabía que si lo mandaba al diablo, Char se encogería de hombros y se alejaría de ella.

—Está bien: sentémonos —dijo Kezy, riendo.

—Hace ya tres días que estoy a bordo. ¿Cómo no nos hemos visto?

—He estado indispuesta... Yo hace cinco días que estoy a bordo. No sé si en realidad me recliné en mi camarote por huirle a usted. Sin embargo, saqué pasaje porque supe que en Alejandría usted esperaba este barco... Más tarde supe el motivo. El embarque de esos restos se ha llevado en secreto, pero todos los pasajeros lo

saben...

Se habían sentado en una de las mesas más aisladas. Char la veía hermosa y distante.

—Cuando la vi por última vez en la clínica —dijo Char— me prometí que acudiría a su lado a correr el riesgo de su risa, tan pronto mi misión hubiera terminado. Pero ese momento, por desgracia, no ha llegado todavía... En la bodega hay tres muertos, víctimas de Larson. Los tres son compatriotas suyos.

En Kezy, a medida que escuchaba a Char, se estaban produciendo sentimientos contradictorios. Comprendía la situación de él, y lo admiraba.

Pero al mismo tiempo, como mujer... Más todavía: como Kezy Wharton, la irritaba tropezarse con el primer hombre que no entraba en su área con la voluntad maniatada.

—Está bien, Char... Le comprendo y le deseo suerte. Se había puesto ya de pie. Él no quiso detenerla.

La vio alejarse, con aire de reina. Char salió del bar. En cubierta se sintió envuelto en un sudario de niebla. Apenas si se distinguían dos puntadas de luz en el extremo de proa.

Se acodó en la borda y miró abajo, a las aguas negras del océano, de donde parecían brotar aquellos penachos de humo lento.

Nunca se sintió más solo que en aquellos instantes.

La sirena de vez en cuando lanzaba al espacio sus agoreras llamadas. Esto parecía influir en Char. Diríase que de pronto se había convertido en un niño asustadizo.

Ahora que su única misión era permanecer con los brazos cruzados, y dejar que las cosas se desarrollaran por sí mismas, era cuando más desasosegado se sentía, como si la responsabilidad del barco pesase sobre él.

Una retahíla de peligros, a cual más absurdo, empezó a inquietarle. Tan pronto veía emerger una roca delante de proa, como un buque fantasma que de pronto embestía de costado.

—¿Qué es esto? —se preguntó a media voz.

Se pasó las manos por la cara. Luego echó a andar, paralelo a la baranda. Unos pasos más allá apenas si se distinguía nada... La sirena seguía lanzando al espacio tenebrosas llamadas...

—¿Ya habla solo? —Y apuntó una burlona risa.

Era Kezy, que de pronto aparecía vagamente perfilada, frente a

Char.

—¿Ya se ha aburrido de los amigos? —preguntó él, mordaz.

Se le aparecía en mal momento. En aquellos instantes Char sentía un incontenible deseo de atacar...

—Yo me canso pronto de los amigos y de los lugares, ya usted lo sabe.

—Hace unos minutos me ha dejado usted poco menos que con la palabra en la boca. ¿Para qué demonios se me acerca ahora? —preguntó, en tono agresivo.

Kezy quedó unos momentos sin saber qué decir. Sus ojos captaban luz lejana, y la devolvían en brillos fugaces, el rostro casi totalmente borrado por la niebla.

Veía a Char dispuesto a rechazarla con la mayor fiereza, y esto, lejos de asustarla, la atraía.

—Sigue usted siendo el hombre más absurdo con que me he tropezado. Char la cogió fuertemente de los hombros.

—Sí. ¿Verdad?... Lo normal es que uno se someta a tus cambios de humor. ¿No es eso?...

Se puso a besarla en todo el rostro. Pero no eran caricias de homenaje a su belleza, sino más bien una represalia.

Kezy se había puesto rígida, vibrando de cólera.

—¡Suélteme...!

—¡Claro que te suelto!... —Lo hizo, y pasó junto a ella, dispuesto a alejarse, hacía proa—. ¡Lástima no haber sabido antes que te encontrabas a bordo! En Lisboa hubiera saltado a tierra...

—¿Miedo? —preguntó Kezy, de espaldas a él, mirando hacia la negrura inmensa, del mar y del cielo, todo confundido en un borrón.

—Tal vez... Pero desde que te conozco, no he tenido un momento de sosiego. Hace apenas unos instantes, sentía remordimientos, como si no hubiera cumplido con mi deber...

¡Y es verdad! ¡He pensado más en ti que en mi misión!... ¡Y estás a bordo, sé muy bien por qué...!

Arrimados a la baranda, los dos de cara al mar, distanciados apenas un paso, permanecían inmóviles, dando el efecto de que estaban solos, y pensaban en voz alta.

—¿Por qué estoy en este barco?

—¡Porque aquí van los restos de mi hermano...!

—Eso ya te lo dije yo —contestó Kezy.

—¡Es tu orgullo lo que te ha empujado aquí!... ¡Quieres ver si puedes más que todo...!

Daba en la verdadera causa de todos los cambios de humor de Kezy. La muchacha se revolvió.

—¿Y a mí qué puede importarme lo que tú pienses? Papá se me ha estado burlando, diciendo que me tenías cogida del cuello... ¡Y le faltó tiempo para mostrarme los periódicos que relataban tu aventura con la mujer de los cuchillos!... —soltó una risa, toda furia, y enseguida quedó callada, clavando las uñas en la baranda.

—¿Mi aventura? Aquella mujer no era más que una pobre víctima de Larson. Estaba aterrorizada, y se ofreció a los cuchillos para que luego la policía la protegiera.

El tono de sinceridad con que Char se expresaba hizo efecto en Kezy. Estaba celosa y ella era la primera en resistirse a creerlo.

Su padre intentó una vez insinuárselo y Kezy se puso como un demonio. Por último, padre e hija hicieron una apuesta. La primera condición fue que su progenitor regresara a casa, y la dejara en completa libertad.

—¿Qué ha sido de esa mujer?

—Ignoro a qué sitio la llevaron. Sólo sé que Interpol la protege. Sabe mucho de la organización de Larson.

Siguió un silencio. Kezy, de pronto, soltó una alegre risa.

—¡Lo he conseguido, Char...!

—¿El qué?

—Irritarte. Me lo prometí, cuando vi que no aparecías por el sanatorio... ¿Quedamos amigos?

Char rechinó:

—¡Otro cambio de humor!... ¿Cuántos virajes vas a dar hasta que lleguemos a Nueva York?

«Todos los que sean precisos, para ganar la apuesta», pensó Kezy.

—Ah, no te preocupes —contestó ella, riendo—. Haz como papá: él no me hace caso.

—Pero tú lo manejas como se te antoja.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que te convierte en una muñeca insoportable —disparó Char, sin ira, pero con gravedad.

Hizo más efecto que si hubiese hablado en actitud frenética.

—¿Eso es cierto, Char?

Iba a contestarle que resultaba tan insoportable como atrayente, pero algo acababa de advertir cerca, donde más tupida parecía la niebla; la sensación de que alguien acababa de pasar velozmente, sin hacer ruido, para situarse en sitio desde el que pudiera espiarlos mejor, y Char se mantuvo callado.

—Está bien, Char... No volverás a decírmelo.

Kezy empezó a alejarse, esperando que él la detuviera. Pero Char ya ni siquiera miraba en la dirección en que estaba ella.

La muchacha sintió que se ahogaba. Creía haberse humillado como la más miserable criatura, sin tener en cuenta que Char estaba obrando bajo el dictado de un grave presentimiento.

Kezy se marchó corriendo, en dirección al bar, antes de que se le escapase un sollozo. Un combinado y un rato de conversación con los amigos, arreglaría todo.

—¡Buena táctica, Char! —prorrumpió una voz ronca, en la que había una forzada jocosidad.

—¿Quién está ahí?

Era en el lugar de cubierta donde había mayor soledad y negrura. Char escrutaba las tinieblas, permaneciendo inmóvil.

Poco a poco vio recortarse delante la silueta de un marinero, parado a muy pocos pasos.

Era alto, de ancha espalda. Llevaba en las manos un rollo de cuerda y un cubo, que se inclinó a dejar en el suelo.

Enseguida se irguió y ahora su voz sonó distinta.

—Nos encontramos al fin.

—Sí, Larson.

La corpulenta figura hizo un movimiento. Enseguida se oyó una breve risa.

—No. ¡Jeff Rowe! ¡El marinero Rowe!

—¿Te has enrolado como tripulante?

—Es lo que fui hace quince años. Gracias a ti, lo soy otra vez... ¡No te muevas, Char!... —Esto fue dicho en tono más bajo, pero henchido de amenazas.

Había retrocedido unos pasos y Char no podía verles las manos. Era seguro que le estaba apuntando con un arma de fuego.

—Anoche me la pasé entera en cubierta, esperándote —siguió

Larson—. Pero no saliste. ¿Te avisó Kezy?

—¿Por qué tenía que prevenirme? ¿Es que ella sabe que estás aquí?

—Bajó un día a la sala de máquinas con el primer oficial. En un tris estuvo que no disparara sobre ella.

—¿Y si piensas que te reconoció, crees que iba a callar?

—¿Por qué no? Ella sabe que en Nueva York tengo amigos. Y allí está su padre...

Char forzaba su mente para encontrar algo que mantuviera a Larson pasivo, intrigado.

Presentía que el disparo iba a producirse de un momento a otro.

No encontraba nada qué decir, que pudiera frenar a su enemigo. Y decidió hablar claro.

—No llevo armas... ¡Y tú, como buen cobarde...!

Sabía que el insulto surtiría el efecto de un martillazo en el cerebro de su adversario.

Durante una fracción de segundo, Larson estaría buscando la respuesta.

Esa mínima pausa la aprovechó Char para hacer un esguince y lanzarse de cabeza contra el vientre de su enemigo.

Una bala pasó arañándole un hombro y otra fue a perderse en el mar.

Ya no hubo más disparos. Estrechamente agarrados, cayeron los dos sobre cubierta y comenzaron a rodar, en una encarnizada lucha, en la que todo valía, dientes y puños.

Char se sentía por momentos con mayor fuerza. En la bodega estaba la momia tragigrotesca de Alex, y de otros dos compatriotas, muertos antes que su hermano.

Ahora tenía en sus manos al culpable de aquellas muertes, pues era Larson quien los había atraído al área donde un loco como Sokneh, reconstruía el templo a la muerte.

Este instante en que podía oír los resuellos de Larson, compensaban todo.

En cubierta empezaron a oírse voces. En el puente de mando se encendió un reflector. Char aprovechó una oportunidad para dar un salto y ponerse de pie. Esperó a que Larson hiciera lo mismo. Estando en el suelo, mientras forcejeaba con él, había tenido la precaución de cachearlo. Sabía que no llevaba más armas.

De un momento a otro los rodearían, para separarlos. Y esto era lo que Char quería evitar.

La furia tanto tiempo contenida, durante las jornadas de Egipto, sabiendo que Larson era culpable de la muerte de su hermano, y teniendo que reprimirse, porque tenía la misión de ir más allá de una cuestión personal, ahora rompía las amarras, y se desplegaba, ansiosa de arrollar a su enemigo.

Solamente esperaba que el odioso adversario se le acercara, medio borrado por la niebla. Descargando Char contra el ancho rostro toda su ira, podría descansar en lo sucesivo.

Y así ocurrió. Empezó entonces el combate más brutal, y más ciego. Caían, se levantaban, chocaban contra la borda. Había momentos en que daban el efecto de autómatas, siguiendo los bandazos del barco, azotados por un temporal.

Los dos sangraban. Hubo un momento en que Larson consiguió tener a Char contra la barandilla, doblándolo hasta tener medio cuerpo afuera. En ese momento todo pareció perdido para Char.

La herida del hombro había empezado a debilitarlo. Toda la ventaja parecía estar de parte de Larson. Char se sentía inmovilizado bajo las poderosas garras de su adversario. Llegó a sentir en su cara el aliento del contrario.

—¡No llegarás a Nueva York!... ¡Ahora veremos si tus fuerzas están a la altura de tu olfato de sabueso...!

Ése fue el error de Larson: hablar. Con ello niveló las fuerzas.

Char no sabría decir de dónde sacó aquel empuje. Sus pies habían encontrado el apoyo de un barrote de la barandilla, y haciendo un supremo esfuerzo, consiguió erguirse.

Cuando se dio cuenta se encontró de pie, libre de Larson. Éste acababa de retroceder de espaldas y por un segundo quedó perdido en la niebla.

El reflector batía en aquellos momentos el sector donde ellos se encontraban. Char vio de pronto ante sí un rostro horroroso, sanguinolento, de ojos extraviados...

Larson avanzaba hacia él, llevando en una mano el enorme garfio que había atado al extremo del cable situado junto al cubo.

Char dio un paso atrás. Afortunadamente, el reflector se detuvo en el rostro de Larson, deslumbrándolo.

Char saltó, situándose detrás de su enemigo. Hizo un hábil cruce

de brazos y Larson quedó inmovilizado.

Como por arte de magia, de la oscuridad comenzaron a surgir elementos de la tripulación. Char había soltado a su enemigo, y ya los dos de cara, continuaban la lucha a puño.

El reflector se había desviado, dejándolos en una leve claridad. Char agradecería siempre la quietud en que permanecieron los tripulantes, en estos últimos segundos de lucha. Fueron los que calmaron su sed de revancha.

Todos los golpes de Char iban a la cara de Larson. Hasta que éste, tambaleándose, se encogió, quedando como un rollo de cuerdas, sobre cubierta.

Un oficial cogió a Char de un brazo:

—Vamos a que le curen, señor Wallanberg.

—No. Primero quiero ver qué clase de alojamiento preparan a mí «amigo». El capitán en persona se encargó del asunto.

—Supimos a tiempo que precisaban a ese hombre vivo —explicó más tarde el primer oficial, un simpático rostro, de cabellos grises.

—¿Quién se lo dijo? Sólo lo sabe la señorita Wharton... El oficial sonrió.

—Ella fue. Sé hace tiempo lo que les ocurrió a ustedes en Egipto. El señor Wharton es un viejo amigo... Y él me confió a su hija, en esta travesía.

Dejó de sonreír, para poner un gesto sombrío. Se pasó una mano por la frente, secándose un sudor imaginario.

—¡Si ese individuo llega a decidir eliminar a Kezy...!

—No. Él contaba con utilizarla como salvoconducto, ya en Nueva York —replicó Char—. De no ser así, nos hubiera agredido cuando Kezy estaba conmigo, en cubierta.

Ya lo habían curado, y se encontraba en su camarote, a solas con el oficial.

La noticia de quién era el prisionero se esparció por todo el barco. Char, solamente cuando tuvo la seguridad de que no podría salir, ni atentar contra su vida, decidió separarse de Larson.

Aún en su camarote seguía pensando en la eficacia del encierro.

—Espero que se habrán dado cuenta de la importancia de que ese individuo llegue vivo a nuestro país.

—Sí. El capitán está enterado.

—No olviden que puede tener cómplices, tanto en la tripulación

como en los pasajeros.

El oficial no pudo ocultar que era algo que él también temía.

—Por la tripulación no hay cuidado, porque se va a montar una guardia de absoluta confianza. Pero el pasaje... Le he aconsejado a Kezy que permanezca en su camarote, y se ha echado a reír. ¿Por qué no se lo dice usted?

Char lo miró creyendo que bromeaba. Pero lo vio serio.

—Hará todo lo contrario de lo que yo le diga. Me extraña que usted la conozca...

—Desde que era una niña. Por eso le digo que se lo mande usted.

Así lo manifestó el marino: que se lo mande. Tal gesto de estupor hizo Char, que el oficial se apresuró a aclarar:

—Estoy muy preocupado. Si no existiera esa condenada apuesta, Kezy se comportaría de otra manera...

—¿Qué apuesta?

—Kezy me va a decir las peores perrerías, si se entera que le he hablado de esto. Pero no importa... Lo que yo quiero es su seguridad. Ella apostó con su padre que cuando llegásemos a Nueva York, usted sería un corderito balando tras de ella.

Contra lo que el marino esperaba, Char, en vez de indignarse, rompió a reír.

—Conozco el estilo... Bien. Si por eso esta noche ha cambiado de humor tantas veces...

Char no terminó la frase, quedando pensativo. El oficial lo miraba, muy intrigado. Tan pronto aparecía en la cara de Char una expresión indignada, como de sorna.

—Habrá que seguirle el aire —dijo al fin—. Voy a verla. Y se levantó de la silla.

—¡Al contrario!... Finja estar muy mal herido. Ella vendrá, si le digo que usted desea verla. Está en el bar, tratando de calmarse. Presenció toda la pelea...

Cuando el oficial salió, quien necesitó calmarse con un trago de *whisky* fue Char. Pero en el camarote no tenía bebida.

La herida en el hombro era sólo un roce que no afectaba las articulaciones. Pero le dolía, como algunos golpes en un lado de la cara.

Tratando de serenarse, se levantó, dio un corto paseo, y volvió a

sentarse. En esta inquietud nada tenían que ver las magulladuras ni la herida en el hombro.

Era la proximidad de Kezy. Temía dejarse llevar por la idea de que ella estuviese tan interesada por él, como Char lo estaba por ella.

Llamaron en la puerta. Char iba a sentarse, pero le pareció una burda patraña, y de pie, autorizó a que abrieran.

Apareció Kezy, con un brillo muy significativo en los ojos, las mejillas encarnadas. Se quedó mirándolo fijamente.

—¡Ni siquiera has pasado el pestillo!... ¿Tan seguro estás de que Larson no tiene cómplices a bordo?

Entró y cerró, pasando el pestillo.

—De eso quería hablarte... Tú peligras tanto como yo.

—¡A mí no me importa lo que pueda ocurrirme! —dijo, moviendo los hombros. Desvió la mirada a un rincón del camarote. Sus labios temblaban.

Char fue acercándose. Y el temblor de los labios y el pecho, se aceleraba. La cogió de los hombros.

—Has bebido...

Ella apretó los labios, y siguió mirando a un rincón.

—En El Cairo no bebías —siguió Char.

—En El Cairo no me aburría.

Char la soltó y se volvió de espaldas, yendo maquinalmente adonde estaba la silla. El cuerpo le pedía sentarse y lo hizo, sin darse cuenta.

—¡El aburrimiento!... He ahí tu carga. Todo en la vida parece tenerlo resuelto. Lo peor que hizo tu padre fue el darte rienda suelta.

—¡Eh, cuidado!... ¡Papá sabe que no hago mal uso de la libertad que me ha dado...!

¿Qué es lo que supones?

Y avanzó hacia él, crispada. Char se puso de pie.

—¡No spongo nada! ¡Me basta con verte!

Extendió los brazos para cogerla de nuevo. Pero lo hizo con demasiada violencia y se encogió, haciendo un gesto de dolor.

Masculló una maldición. Volviéndose de lado a ella, dijo:

—Dos bofetadas a tiempo te hubieran convertido en la mujer ideal... Así... ¡El diablo te soporte...!

Saltó como una gata, colocándose frente a Char.

—¡Estúpido!... ¡Maldito...!

Y mirándolo como si con los ojos quisiera apuñalarlo, avanzó la cara, como desafiándole a que le pegara.

Char pareció por unos momentos enervado, por aquella oleada de juventud y belleza, retándolo.

—¡Merecías...!

—¡Hazlo! ¡Cobarde si no, lo haces...!

De pronto se encogió, arrimando su cara al pecho de él, agarrándolo con las dos manos, apretando la boca contra el cuerpo de él.

—¡Te quiero... y lo sabes... y me torturas...!

Estrujando su ropa, prorrumpió en sollozos. Char levantó una mano y se puso a acariciarle el cabello.

—No lo he sabido... Ni lo sé ahora... ¡Ni nunca lo sabré! Significas demasiado para mí, para sentirme seguro... de que sólo yo te importo...

Ella había ido separando la cara del pecho de él. Y creciendo, cada vez más erguida, el rostro mojado en lágrimas, pero ya sin desesperación, sonriente.

—¡Debes estar seguro!... ¡Sí, Char...!

Las bocas se buscaron. Durante unos instantes permanecieron sin alentar.

Momentos después, Char exponía la actitud a seguir durante la travesía, para evitar todo riesgo de cualquier agresión.

A todo dijo ella que sí. El oficial se encargó de que sus camarotes estuvieran juntos. A partir de entonces, siempre que tuvieran que salir, lo harían acompañados.

Abajo, en la bodega, muy cerca de donde estaban los muertos, permanecía Larson...

Fue al avistar el puerto de Nueva York cuando Kezy pareció perder la alegría que hasta aquel momento había tenido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Char.

—Pienso en papá... Se va a reír cuando me vea. Hice una apuesta de que tú llegarías sometido.

—¿Y no has ganado?

Ella, mirando al mar, movió la cabeza, negando.

—¡Soy yo la sometida!... ¡Perdidamente sometida!... Y aunque

quiera disimular, papá lo notará...

En el puerto aguardaba una multitud de periodistas, y curiosos. Sabían que Larson iba a bordo. Las autoridades del país iban a tener ocasión de disponer de un elemento que esclarecería varios enigmas como existían en el tráfico de estupefacientes.

Cuando el padre de Kezy hubo abrazado a su hija y estrechado la mano de Char, dijo:

—Perdiste.

Kezy apretó los dientes y miró a Char: «¿Ves?».

—Pero es lo mejor que ha podido ocurrirte, hija mía —dijo momentos más tarde, un instante en que pudo hablarle a solas—: reconocerte enamorada de un hombre como Char.

¡Oro puro...!

Kezy se echó a reír, y besó a su padre...

FIN

George H. White
**EL HOMBRE QUE MURIO
DOS VECES**



Un ejército de criminales
luchando por adueñarse de una ciudad.

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Precio:
6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
775 — Carlos de Santander
SOLA BAJO LAS
ESTRELLAS

COLEC. "MADREPERLA"
671 — María Morgan
ASOMBROSO DESPERTAR

COLECCION "ROSAURA"
615 — Corín Tellado
CARLA

COLECCION "AMAPOLA"
502 — Petruca Montero
EL FARO DEL DESTINO

COLECCION "ALONDRA"
436 — María Martí
LA PRINCESA CAUTIVA

COLECCION "CAMELIA"
377 — María Luisa Vidal
UNA VENUS EN LA NOCHE

COLECCION "CORAL"
198 — Corín Tellado
SURGIO EL AMOR

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
716 — Keith Luger
UN CABALLERO Y DOS
"COLT"

Col. "SERVICIO SECRETO"
580 — A. Rolcest
EL TRIBUTO DEL
DESIERTO

COLECCION "BUFALO"
413 — Tex Taylor
BONITA Y PELIGROSA

COLECCION "TEXAS"
281 — M. Lafuente Estefanía
UN TRAJE DE PLUMAS

COLECCION "CALIFORNIA"
260 — M. Lafuente Estefanía
EL LOCO MAC DONALD

COLECCION "COLORADO"
205 — M. Lafuente Estefanía
UN LENGUAJE QUE
NO FALLA

COLECCION "KANSAS"
171 — Orland Garr
CAROLINA FRANK

Col. "HEROES DEL OESTE"
153 — M. Lafuente Estefanía
LOS USURPADORES

COL. "ASES DEL OESTE"
123 — Jesús Navarro
LUNA AMARILLA

COL. "BRAVO OESTE"
35 — Joe Mogar
VIENTO DEL SUR

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡Extraordinaria!

LA COLECCION MAS LEIDA
EN TODOS LOS PAISES DE
HABLA HISPANA

temas

CULTURALES
RELIGIOSOS
DE AVENTURAS
FEMENINAS
INFANTILES, etc.

**100 TEMAS APASIONANTES
en los
100 TITULOS PUBLICADOS**

**250 ilustraciones
en cada volumen**

PRECIO: 30 PTAS.

COLECCION

HISTORIAS



**BRAVO
OESTE**

**¡LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO
ESCRIBEN PARA LA
MEJOR COLECCION!**



**¡RELATOS DE
DINAMISMO
INCOMPARABLE!**

**¡LAS PAGINAS
MAS VIOLENTAS
DE LA HISTORIA
DEL SALVAJE
OESTE!**

COLECCION

BRAVO OESTE

**UN NUEVO EXITO DE
BOLSILIBROS BRUGUERA**

6 PTAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



*Gary Cooper
Rita Hayworth*

N.º 1375

Gary Cooper nació en Helena, Montana, el 7 de mayo de 1901, y Rita Hayworth en Nueva York, el 17 de octubre de 1918, siendo «Llegaron a Cordura» una de las más recientes películas que han rodado ambos actores.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

